

Los cielos abiertos

Meditaciones sobre la epístola a los Hebreos

Autor: J. G. Bellet

La epístola a los Hebreos ilustra de manera notable uno de los caracteres del Libro de Dios. Se puede leer con enfoques diferentes y, sin embargo, ninguno de ellos contradice al otro. Puede ser fácilmente leída de seis o siete maneras. Ella nos abre los cielos tal como son ahora.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Prólogo a la edición en castellano	3
Capítulos 1 y 2	4
Capítulos 3 y 4	8
Capítulo 5:1-10	12
Capítulos 5:11-14 y 6	16
Capítulo 7	19
Capítulo 8	23
Capítulos 9 y 10:1-18	26
Capítulo 10:19-39	30
Capítulo 11	35
Capítulo 12	44
Capítulo 13	49
Conclusión	54

Prólogo a la edición en castellano

John G. Bellett (1795-1864) fue particularmente utilizado por Dios, en medio de la luz que el Espíritu Santo dio a la Iglesia en el siglo XIX, para desenterrar los tesoros de las diversas glorias del Señor Jesús que yacían ocultos en las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Su ministerio se centró principalmente en la Persona del Señor Jesús. Su gran discernimiento espiritual le permitió penetrar en las profundidades de la Palabra y deleitar su corazón con las revelaciones acerca de las glorias de nuestro Señor, despertando, por medio de sus escritos, el asombro y la adoración en el corazón de los lectores. Sus escritos, de carácter meditativo, han sido las delicias de muchos hasta hoy; revelan el conocimiento que este siervo de Dios tenía sobre los misterios de Dios. Ciertamente, ningún creyente que ame verdaderamente a Cristo dejará de hallar un alimento espiritual sólido y nutritivo para su alma al leer obras como «Los evangelistas», «Los patriarcas», «El Hijo de Dios», «La gloria moral del Señor Jesucristo» (este último libro existe en castellano) y otras meditaciones.

La presente meditación sobre la epístola a los Hebreos (*Musings on the Epistle to the Hebrews*) apareció en el periódico inglés *The Present Testimony*, en el año 1865, poco después de la muerte de su autor. Se recopiló –como lo dice expresamente dicho periódico– a partir de notas tomadas durante conferencias dadas por él sobre esta epístola, notas que su enfermedad no le permitió corregir.

Rogamos a Dios que la presente traducción castellana sea de bendición para el lector, así como lo ha sido, en su edición original, para miles de creyentes de habla inglesa.

«Hay algunos que, basándose en el hecho de que la epístola no habla de nosotros como iglesia, no ven en ella nada para nosotros. Es cierto que no versa sobre nosotros, sino sobre Cristo solamente».

G. V. Wigram

Capítulos 1 y 2

La epístola a los Hebreos ilustra de manera notable uno de los caracteres del Libro de Dios. Se puede leer con enfoques diferentes y, sin embargo, ninguno de ellos contradice al otro. Puede ser fácilmente leída de seis o siete maneras. Ella nos abre los cielos tal como son ahora.

¡Cuánta bendición halla el corazón al considerar tal tema! Si levantamos nuestras miradas vemos el cielo físico, pero ese no es más que el cielo exterior. Esta epístola nos revela los cielos interiores, no bajo un carácter físico, sino moral. Despliega ante nosotros las glorias reservadas al Señor Jesús, a quien los cielos han recibido. Así somos hechos aptos para ver los cielos donde él se sentó, Su ocupación en los mismos y lo que seguirá a esos cielos. Cuando el Señor Jesús estuvo aquí, los cielos se abrieron para contemplarle, como lo vemos en el capítulo 3 de Mateo. Entonces había en la tierra un objeto digno de la atención de los cielos. Jesús volvió a subir al cielo, y este tuvo entonces un objeto que nunca había conocido antes: un hombre glorificado. Ahora la función de nuestra epístola es mostrarnos los cielos como la casa de este hombre glorificado. Así como el capítulo 3 de Mateo nos presenta los cielos abiertos para contemplar a Cristo aquí en la tierra, en la epístola a los Hebreos tenemos los cielos abiertos para que podamos contemplar a Cristo allá arriba.

Pero tal vez ustedes me digan: «¿Esa es toda la historia de los cielos? ¿La ha considerado usted hasta el final?». ¡Por cierto que no! En los capítulos 4 y 5 del Apocalipsis vemos los cielos preparándose para el juicio de la tierra. Luego, al final del libro, vemos los cielos no solo como morada del hombre glorificado, sino también de la Iglesia glorificada. ¡Es maravilloso que este libro pueda presentar semejantes secretos! Así es la biblioteca divina. Tomamos un volumen de nuestro propio estante y nos habla acerca de los cielos; otro volumen trata del hombre en su estado de ruina; sacamos un tercer volumen y nos presenta a Dios en su gracia; así podemos seguir, hallando indudablemente una rica y maravillosa variedad.

Fijemos ahora nuestra atención en los capítulos 1 y 2.

“ Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas (v. 3).

Aquí tenemos la prueba de lo que habíamos anticipado: la epístola a los Hebreos nos abre los cielos. El Señor vino a la tierra para efectuar la purificación de nuestros pecados, y ascendió a los cielos para ocupar su lugar allí como el purificador de nuestros pecados. Supongamos que

yo hubiera viajado a un país lejano; podría tratar de describirlo de una manera que les encantara y despertara en ustedes el deseo de visitarlo. Pero, cuando el Espíritu Santo nos muestra los cielos, hace más que esto: nos muestra que allí se vela por nuestros intereses. Nuestro representante está sentado en el lugar más elevado, y está allí con ese mismo carácter. ¿Es posible tener un vínculo más íntimo con ese lugar? Es sorprendente que no emprendamos el vuelo para estar allí cuanto antes. ¡Pensar que Jesús está sentado allá arriba porque vino a sufrir por nosotros una muerte infame! Les desafío a tener un más rico objeto de interés en el cielo, Jesús glorificado, a quien Dios puso allí para nosotros.

Ahora bien, en el versículo 4 vemos que Cristo no solo está allí, sentado por encima de las huestes angelicales, como el purificador de nuestros pecados, sino también con una real humanidad. Ya hemos visto el gran interés que tenemos en él como Aquel que hizo la purificación de nuestros pecados. Ahora el capítulo nos lo presenta como el Hijo del hombre que está por encima de los ángeles. El hombre fue preferido a los ángeles. La naturaleza humana, en la persona de Cristo, ha sido sentada en un lugar más exaltado que la naturaleza angelical, sea la de Miguel o la de Gabriel. El primer capítulo está consagrado a presentarnos dos visiones de Cristo en el cielo. ¡Dos maravillosos secretos! ¡Aquel que hizo la purificación de nuestros pecados, un verdadero hombre, semejante a nosotros, sentado a la diestra de la Majestad en las alturas!

Leamos los primeros cuatro versículos del capítulo 2 como un paréntesis. ¿Les agradan estos paréntesis? El Espíritu Santo adopta nuestra manera de hablar. A menudo ocurre que, en el curso de una conversación, dos amigos se desvían un poco del tema para hablar el uno del otro. Así habla aquí el autor de la epístola: «Les estoy enseñando cosas maravillosas; tengan cuidado para que no caigan en oídos indiferentes». No debemos ser simples escolares; si verdaderamente estamos en la escuela de Dios, si somos discípulos de un maestro viviente, tendremos nuestras conciencias ejercitadas mientras aprendemos la lección. Esto es lo que el apóstol procura hacer aquí. Este paréntesis suena de la manera más dulce y agradable al oído.

Aunque es un paréntesis, nos revela una nueva gloria. ¡Qué abundancia de frutos hay en el campo de la Escritura! No se trata de un suelo que debemos cultivar diligentemente para poder recoger más que una escasa cosecha. Este paréntesis (el cual contiene una exhortación que no deberíamos necesitar) comprende otra gloria de Cristo. Él está sentado allí como apóstol, mi Apóstol. ¿Qué quiere decir eso? Que él es un predicador para mí. Dios, en otro tiempo, habló por medio de los profetas; ahora nos habla por medio del Hijo; Cristo en los cielos es el apóstol del cristianis-

mo. Y, ¿cuál es su tema? La salvación, esa salvación que efectuó para nosotros como Aquel que hizo la purificación de nuestros pecados, y que nos la revela como apóstol de nuestra profesión. En ello vemos una verdad más concerniente a los cielos.

El versículo 5 retoma el tema del capítulo 1 y nos presenta las glorias distintivas de Cristo en su preeminencia sobre los ángeles. “Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero”. ¿Cuál es “el mundo venidero”? Es la época milenaria mencionada en el Salmo 8. Aquí tenemos tres características del Hijo del hombre: “Un poco menor que los ángeles”; coronado “de gloria y de honra”; puesto “sobre las obras” de las manos de Dios. De manera que el mundo venidero no ha sido sujetado a los ángeles, sino al Hijo del hombre. Ahora tenemos un interés en este Hombre glorificado. Anteriormente dije que si yo fuera a un país lejano y les describiera sus pintorescas maravillas, ustedes también sentirían el deseo de verlas. Pero esta epístola hace más: les muestra que tienen un interés personal en esas glorias que despliega ante ustedes. ¿Habría una sola etapa del camino de este Hijo del hombre en la cual no estemos personalmente interesados? El apóstol subraya tal interés. De manera que, insisto, esta epístola nos revela los cielos invisibles, nos muestra las glorias concernientes a Cristo y nos enseña que tenemos un interés directo y personal en esas glorias.

En el versículo 10 aparece un nuevo pensamiento: “Porque convenía a aquel... que... perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos”. Detengámonos aquí un momento. Convenía a la gloria de Dios darnos un Salvador perfecto. ¿Lo creen? ¿Qué pensamientos nacen en el alma cuando llegamos a ello! ¿Han asido a Cristo de tal manera que, ni por un momento, se verían tentados a quitar sus ojos de él para fijarlos en otro objeto? Hemos obtenido una salvación incuestionable e infalible, a prueba de los ataques que puedan sobrevenir.

A partir del versículo 11 aumentan nuestros intereses en el hombre glorificado.

“ Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos.

¡No se avergüenza! ¡Publiquémoslo para que la tierra y el cielo lo oigan! Este hombre glorificado llama “hermanos” a los elegidos de Dios. “No se avergüenza”, a causa de la dignidad de ellos. No solo debido a Su gracia, sino con motivo de la dignidad personal de ellos. Él nos ha asignado una parte en su propio trono. No se avergüenza de su propia obra, de aquellos a quienes adoptó. Cuando leamos las Escrituras, rechazemos todo pensamiento rastrero y frío. Nuestros pensamientos acerca de Cristo deberían ser tales que cautivasen todo nuestro ser, que nos llevasen en

alas de águila. “En medio de la congregación te alabaré” (v. 12). ¡Cristo se levanta y conduce el canto de los redimidos, no avergonzándose de hallarse en su compañía! “Y otra vez: Yo confiaré en él”. Esto fue lo que hizo cuando estuvo aquí, y lo que nosotros hacemos ahora. “Y de nuevo: He aquí, yo y los hijos que Dios me dio”. Este es el interés que tenemos en el hombre glorificado.

Seguidamente volvemos a contemplar lo que Jesús fue en su humillación. “Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham” (v. 16). Dejó a los ángeles donde se hallaban. Los ángeles eran superiores en fuerza; ellos conservaron su estado primitivo, y él los dejó así. El hombre descendió a lo más bajo en la escala de la maldad; y Cristo vino a asociarse al hombre. Luego el versículo 17 nos introduce en otra gloria que concierne a Cristo en los cielos. Allí le vemos como nuestro sumo sacerdote siempre atento a su doble servicio: el de reconciliación respecto a los pecados y el de socorro en nuestras aflicciones. La epístola rebosa de glorias divinas, acumula un infinito de gloria y de pensamientos divinos en su limitado espacio.

Capítulos 3 y 4

Como ya lo hemos señalado, una de las principales características de esta epístola es que nos presenta una vista del cielo tal como está ahora, no como estaba en Génesis 1 ni como estará en los tiempos de Apocalipsis 4 o 21. El cielo de Génesis 1 no tenía un hombre glorificado, no tenía ningún apóstol, ningún sumo sacerdote. El cielo de la epístola a los Hebreos, al contrario, tiene todo esto. Dado que ese es el carácter general de la epístola, hemos considerado al Señor Jesús como estando en ese cielo. Él se halla allí como hombre glorificado, como Aquel que hizo la purificación de nuestros pecados, como el apóstol que anuncia la salvación y como el sumo sacerdote que hace propiciación por los pecados. Cada página es fértil en la enumeración de las glorias que el Señor Jesús tiene ahora en el cielo.

Ahora consideraremos los capítulos 3 y 4. Los dos anteriores nos introdujeron en los cielos, donde Cristo está, y nos presentaron al Cristo que está en los cielos. Los capítulos 3 y 4 se vuelven un poco hacia nosotros, considerándonos con cierta severidad y diciéndonos que debemos tener cuidado ahora que estamos andando en compañía de él.

El primer pensamiento es que debemos considerarle en su fidelidad. Por lo general, esta exhortación es mal entendida. ¿En vista de qué debemos considerar al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión? ¿Para imitarle? El sentimiento religioso dice que sí, pero ese no es, en absoluto, el significado del pasaje. Debo considerarle como fiel a Dios en lo que me atañe, fiel de tal manera que yo pueda ser salvo eternamente. Si no lo considero así, hago más que embotar el argumento del pasaje y pierdo el sentimiento de la gracia. La idea correcta no es que él fue fiel cuando anduvo aquí en la tierra, sino que es fiel ahora que está en el cielo. Elevo mi mirada al cielo y veo a Jesús desempeñando sus oficios, fiel a Aquel que lo designó. ¿Es asunto mío imitarle en su sumo sacerdocio? Lo que debo hacer es considerarle allí para mi dicha y aliento.

¡Qué abundancia de gracia hay en todo esto! La gracia de Dios que designó a Cristo, la gracia del Hijo que se encarga de la obra, y la gracia que abre el capítulo 3 son de una magnificencia infinita. ¿Podría haber una exhortación más sublime, o una doctrina más divina? Tenemos al Hijo en lo más elevado de los cielos, sentado allí como Aquel que hizo la purificación de nuestros pecados, el apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión. ¿Podría haber una exhortación más divina que aquella que me invita a sentarme tranquilamente y considerar a Cristo en su fidelidad allá arriba?

Seguidamente, en los versículos 3, 4 y subsiguientes, se nos corre el velo para que veamos otras glorias de Cristo en contraste con Moisés. Aquí la primera dispensación es llamada una casa. Ella era como un siervo al servicio de un Cristo venidero. En tal caso, Moisés y la casa son idénticos. Todas las actividades de aquella dispensación tenían como objetivo dar testimonio de un Cristo venidero. Por ello fue un servidor. Por otro lado, cuando el Señor vino, lo hizo como Hijo, para reivindicar lo que le pertenecía. Ahora todo se resume en esto:

¿Será fiel a Cristo la casa sobre la cual está establecido?

“

¿Cuál es nuestra fidelidad? Perseverar con confianza y retener firme hasta el fin la gloria de la esperanza. «¡Cristo está por mí! ¡Cristo está por mí! Solo quiero a este Cristo que es suficiente para todo». Aferrémonos a él día tras día hasta que finalice el viaje por el desierto. Somos parte integrante de esa casa sobre la cual él preside como Hijo. Y no solo preside sobre ella, ¡sino que la reclama como suya! Este es un pensamiento mucho más dulce. Estarle sujeto es perfectamente justo, pero él nos invita a descansar cerca de su corazón. La fidelidad no consiste solo en reconocer la soberana autoridad de Cristo. Ser fiel es reposar en su pecho. De manera que cuando el Espíritu nos exhorta en los capítulos 3 y 4, no abandona el elevado y maravilloso terreno de los capítulos 1 y 2. Después, al llegar a este punto, se vuelve hacia el Salmo 95. Si comenzamos a leer el Salmo 92 y seguimos hasta el final del Salmo 101, hallaremos un pequeño y hermoso volumen sobre el milenio. Se trata de exhortaciones del Espíritu, hechas con el propósito de despertar la fe en Israel e invitar a este pueblo a mirar hacia adelante, hacia el reposo de Dios.

¿Por qué este tema es presentado aquí? El viaje de Israel por el desierto es un bello y vivo cuadro del actual peregrinaje del creyente, desde la cruz hasta la gloria. A veces las personas, al leer el comienzo del capítulo 4, se lo dirigen a sí mismas. Pero aquí no se trata del reposo para la conciencia. Este pasaje nos asegura que estamos fuera de Egipto y que vamos hacia Canaán. El peligro no está en que la sangre no se halle en el dintel, sino en que caigamos por el camino, como sucedió con miles en el desierto. El apóstol nunca nos invita a interrogarnos otra vez para saber si hemos hallado el descanso por medio de la sangre, sino a tener cuidado de cómo viajamos a lo largo del camino. Cuando habla de reposo, el Espíritu quiere señalar el reposo del reino y no el reposo de la conciencia. Luego, al período por el cual estamos pasando, lo llama un día, un solo día: “Hoy” (v. 7). Para el ladrón moribundo fue un breve día, lo mismo que para Esteban, el mártir. En cambio, para Pablo fue un día más largo, y uno aún más largo para Juan. Pero, sea corto o

largo, el viaje por el desierto no dura más que un día, y nosotros tenemos que asirnos firmemente de Cristo hasta el fin. Si estamos destinados a ser compañeros de Cristo, debemos afirmarnos incansablemente hasta el fin.

Ahora bien, ¿cómo vemos al Cristo del versículo 14? ¿Un Cristo crucificado? No, es Cristo glorificado. Si ahora nos aferramos a Cristo crucificado, seremos compañeros de Cristo en el reino. Que este “hoy” no cese de resonar en nuestro corazón y en nuestra conciencia. Asirme a un Cristo crucificado es mi garantía para compartir el reposo de un Cristo glorificado. Dos cosas luchan contra nosotros para privarnos de esta bendición: el pecado y la incredulidad. ¿No reconocemos a estos dos enemigos a medida que avanzamos? ¿Continuaré pecando? ¿Debo dar cabida a un mal pensamiento? Puede que sea sorprendido, pero debo tratar a uno u otro como a enemigos. La incredulidad es una acción del alma contra Dios. Ustedes y yo ignoramos lo que es la santidad práctica, lo que es estar entre Egipto y Canaán, si no combatimos contra el pecado y la incredulidad que se levantan cada día para estorbar nuestro paso.

El capítulo 4 prosigue con el tema. El Cristo del capítulo 3:14 es en sí mismo el reposo del que habla el capítulo 4, un Cristo glorificado, un reposo glorioso. Él nos ha sacado de Egipto. La exhortación se dirige a un pueblo que está fuera de Egipto. Hemos dejado atrás la sangre rociada en el dintel. La gloriosa Canaán está delante de nosotros. Tengamos cuidado, no sea que no la alcancemos.

“ Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos (v. 2).

La buena nueva, no de la sangre de Cristo, sino de la gloria de Cristo. Y esta tomó cierta forma en los oídos de los israelitas, y toma otra forma para los nuestros; pero, tanto a ellos como a nosotros, el reposo ha sido predicado.

Luego el Espíritu Santo retrocede, de una manera muy hermosa, al descanso sabático del Creador. El bendito Creador descansó después de la creación. Se había prometido un descanso en Canaán, después de que Israel atravesara el desierto. Adán perturbó Su descanso en la creación, e Israel lo perturbó en Canaán. Por tales motivos, ¿está Dios contrariado con su reposo? No; lo ha hallado en Cristo. El secreto de todo el Libro de Dios es este: Dios se retira en Cristo después de haber hallado solo decepción en el hombre. Cristo es el artesano de ese reposo, es quien lo sostiene actualmente, y ese reposo permanece con él, tanto para Dios como para sus santos.

Por lo tanto... falta que algunos entren en él



(v. 6).

Ya no se trata de algo falible que dependa de Adán o de Israel; esforcémonos, pues, para no dejar de alcanzarlo.

Ahora tenemos dos maneras de aprovechar a Cristo. El final del capítulo 3 nos señaló dos enemigos; el final del capítulo 4 nos presenta dos recursos en Cristo: debemos echar mano de él como la Palabra de Dios y como el sumo sacerdote de nuestra profesión. ¿Es esta la manera en que disfruto de él? Estos dos aspectos de Cristo hacen frente al pecado y a la incredulidad. Dejemos que la Palabra de Dios discierna los pensamientos y las intenciones de nuestro corazón. En vez de dar lugar a nuestras concupiscencias y vanidades, dejemos que la espada de dos filos, que no tolera ni una pizca de pecado, penetre. Y cuando hayamos desalojado al enemigo, después de haber hallado alguna concupiscencia predilecta situada en este rincón del corazón y alguna insospechada vanidad en aquel otro, ¿qué debemos hacer con ellas? Traerlas a Cristo, y que su sumo sacerdocio disponga de ellas con la misericordia y la gracia que caracterizan a esa función.

Aquí nos detenemos por el momento. Hemos visto los cielos abiertos y hemos contemplado el interior; allí encontramos a un hombre adornado de glorias, en cada una de las cuales estamos interesados. Luego viene la exhortación. Dos enemigos nos acosan. ¡Estemos alertas! En vez de ceder a ellos, hagamos uso de la espada de dos filos y, cuando los hayamos descubierto, llevémoslos a Jesús. Hay una armonía admirable entre el Cristo que nos es presentado en lo alto en los capítulos 1 y 2, y nosotros tal como somos presentados aquí abajo con todas las características de los capítulos 3 y 4.

Capítulo 5:1-10

Leamos ahora hasta el versículo 10 del capítulo 5. Observemos que, desde allí hasta el final del capítulo 6, el apóstol abre un paréntesis para hacernos serias advertencias. Él utiliza mucho ese estilo parentético, y nosotros también hacemos bastante uso de él en las conversaciones que tenemos unos con otros. Esos pequeños intervalos o interrupciones en un discurso siempre son gratos.

En los diez primeros versículos del capítulo 5 se nos presenta un asunto de bastante peso. En el primer versículo encontramos una idea general y abstracta del sacerdocio considerado como aquello que asegura a los hombres sus relaciones con Dios. Luego se nos presenta el carácter de este servicio: “Para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados”, esto es, para que conduzca tanto los servicios de adoración como los expiatorios delante de Dios. Cristo está en pie para conducir nuestros intereses junto a Dios, bajo cualquier forma. Él es “tomado de entre los hombres” para que pueda tener compasión de los ignorantes y extraviados. No es tomado de entre los ángeles. En Timoteo leemos: “El hombre Cristo Jesús”. Dios, al ordenar un sacerdote para nosotros, eligió uno que pueda mostrarse indulgente. Al final del capítulo 7 vemos que el Señor Jesús estuvo exento de flaquezas, pero aquí el sacerdote era un hombre capaz de sentir simpatía, porque él mismo estaba rodeado de debilidad. El Señor Jesús aprendió a sentir simpatía, y a obedecer a través de lo que padeció.

En el Antiguo Testamento dos personas son puestas distintamente en el oficio sacerdotal: Aarón, en los capítulos 8 y 9 de Levítico, y Finees en Números 25. La diferencia entre ellos era esta: Aarón simplemente fue llamado al sacerdocio; Finees, en cambio, lo adquirió por derecho. Cuando consideramos al Señor Jesús, en su persona vemos reunidos estos dos caracteres, el de Aarón y el de Finees. Él fue “llamado por Dios, como lo fue Aarón” (v. 4). Pero Aarón solo fue un sacerdote llamado. Finees, en cambio, no fue llamado como Aarón, sino que adquirió su título. ¿Cómo lo adquirió? Hizo expiación por los hijos de Israel el día en que cometieron grave violación en el asunto de las hijas de Baal-peor, de manera que el Señor pudo considerar nuevamente con satisfacción a su campamento errante en el desierto. Finees se apresuró a ejecutar la venganza de la justicia y a hacer expiación por el pecado del pueblo. “Entonces Jehová habló a Moisés, diciendo: Finees hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, ha hecho apartar mi furor de los hijos de Israel... Por tanto diles: He aquí yo establezco mi pacto de paz con él... el pacto del sacerdocio perpetuo” (Números 25:10-13). Nada puede ser más excelente que esto. Para leer al Cristo de Dios, no po-

dríamos tener una luz más grandiosa que la de este acto de Finees. Aarón nunca tuvo semejante derecho a un pacto de paz. De manera que tenemos estas dos luces en el Antiguo Testamento para que podamos ver el sacerdocio del Señor Jesús.

“ Él fue el verdadero Aarón y el verdadero Finees, los cuales son presentados aquí.

Nuestro bendito Señor Jesús fue llamado a desempeñar el oficio sacerdotal como lo fue Aarón; pero Él entró en funciones porque hizo expiación. Esta tierra era como el atrio del templo, donde se hallaba el altar de bronce. Ahora el Señor Jesús está sentado en el santuario celestial que Dios levantó, y no el hombre, por cuanto Él pasó por el altar de bronce en la tierra. Pasó por el altar y satisfizo sus exigencias. Nada puede ser más sencillo y, no obstante, nada puede ser más misteriosamente grandioso. ¿Cómo dio Dios testimonio de que su justicia estaba satisfecha a causa del altar de bronce? Rasgando el velo. De manera que ahora es fácil entrar. Si Dios ha rasgado el velo, ¿debo considerarlo como rasgado en vano? Si ahora el velo está rasgado, tengo tanto derecho a entrar como obligados estaban los israelitas de antaño a mantenerse fuera. Habiendo satisfecho al altar, Cristo pasó, por el velo rasgado, al interior del santuario que está en los cielos. Este pasaje nos muestra todo esto.

Cristo no se glorificó a sí mismo para ser hecho sumo sacerdote. ¿Por qué es un honor ser hecho sumo sacerdote? Ustedes me dirán que nada puede dignificar al Hijo de Dios; y lo admito. Pero yo les pregunto: ¿No saben los hombres lo que es tener dignidades adquiridas, así como dignidades hereditarias? El hijo de un noble que va a la guerra, ¿no puede adquirir honores que se agregan a las dignidades hereditarias de su familia? Y díganme: ¿Cuáles valorará más? Obviamente, las que ha adquirido. Él se ve más honrado por ellas. Sus dignidades hereditarias son suyas, pero no gracias a él; en cambio sus honores adquiridos son suyos de una manera más especial y personal.

Las cosas divinas se hallan ilustradas por cosas humanas. ¿Quién podría añadir algo a Aquel que es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos? Pero el Hijo estuvo en la batalla y adquirió honores que nunca habrían sido suyos si no hubiese aceptado la causa de los pecadores. ¡Y estos honores son caros y preciosos para el Señor! Él fue “llamado”, palabra muy dulce en el original. Cuando le hizo sentar en el santuario, Dios lo «saludó», le «dio la bienvenida», igual que cuando le hizo sentar en el trono: “Siéntate a mi diestra”. La epístola a los Hebreos nos muestra tanto un trono como un santuario en los cielos abiertos.

En los versículos 7 a 9 hallamos algunas verdades de mucho valor que se relacionan con nosotros mismos.

“ Y Cristo, en los días de su carne (notemos esto con santa reverencia), ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte....

La escena de ese conflicto tuvo lugar principalmente en Getsemaní. ¿Qué pasó allí? Cristo se estremeció ante el pensamiento de sufrir el juicio de Dios contra el pecado. Y “fue oído a causa de su temor reverente”. Fue oído porque la muerte, la paga del pecado, no tenía derecho sobre él. Su derecho a la liberación fue reconocido y, en lugar de serle enviado el juicio de Dios para desecar su carne, le fue enviado un ángel para fortalecerlo.

Sin embargo, padeció la muerte. Él hubiera podido valerse de su derecho personal a ser eximido de ella; no obstante, la soportó. Aprendió lo que implicaba la obediencia a su misión, cumpliéndola desde Getsemaní hasta el Calvario. Y ahora se presenta a la vista de todo pecador en la tierra como el autor de eterna salvación. En Getsemaní vemos al Señor –si me permiten expresarlo así– haciendo valer su derecho contra la muerte. Su derecho es reconocido; no obstante, aunque la muerte no tenía ningún derecho sobre él personalmente, dice:

Hágase tu voluntad.

“

Jesús perfectamente habría podido ir de Getsemaní al cielo, pero prefirió ir de Getsemaní al Calvario, y así, habiendo sido perfeccionado allí, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen. Luego, habiendo ofrecido su vida en sacrificio perfecto, el santuario le recibió, y allí está.

En la creación, Dios puso un hombre en estado de inocencia en el huerto. En la redención, Dios puso un hombre en el cielo, en la gloria. Hay una gloria que excede a cualquier otra: la gloria que brilla en la redención eclipsa totalmente la que otrora alumbró en la creación.

Ahora llegamos al versículo 10. Observemos que el lenguaje del versículo 10 es retomado en el versículo 20 del capítulo 6 y que, entre los dos, la argumentación no ha avanzado. Allí hubo un paréntesis, por cuanto era indispensable una exhortación para estos cristianos hebreos. Ocurre lo mismo en otros lugares. Supongamos que fuésemos a meditar los capítulos 1, 2 y 3 de 1 Corintios; allí hallaríamos al apóstol impedido en su enseñanza: «Vosotros sois carnales; yo no puedo

iniciaros en los ricos tesoros que tengo guardados para la Iglesia». Lo mismo ocurre en nuestra epístola; la única diferencia es que el mal que impedía la instrucción en Corintios era moral, mientras que el de Hebreos era de naturaleza doctrinal.

Capítulos 5:11-14 y 6

Cuando el apóstol se desvía de su argumento para exhortar a los hebreos, observamos que lo que temía en ellos no era la corrupción moral –como en el caso de los corintios–, sino la corrupción doctrinal. ¿No vemos tales variedades morales a nuestro alrededor hoy en día? Una tiene una tendencia corintia, otra una tendencia gálata. Lo que él temía de los creyentes hebreos era que abandonaran a Cristo como el objeto de su confianza.

Para el hebreo era muy difícil separarse de las cosas en las que había sido educado. Era

Inexperto en la palabra de justicia (cap. 5:13).



La mente legalista es inducida a concebir la justicia como lo hizo Moisés, es decir, como una cosa que nos es exigida, mientras Dios la considera como algo que él quiere darnos. Por eso en el capítulo 6 el apóstol, descubriendo este obstáculo entre ellos, hace sonar la alarma, así como al comienzo del capítulo 2 hizo resonar una palabra de exhortación. La mente carnal y la mente legalista son dos grandes villanos. Son “zorras pequeñas que echan a perder las viñas” (Cantares 2:15).

«Ahora –dice el apóstol– deben dejar estas cosas. Debo ponerles en otro libro: el de la perfección». “Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados... y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento...”. Es como si dijera: «No está a mi alcance renovarlos». Que ellos puedan ser traídos de vuelta o no, es algo que pertenece a Dios, algo que está entre ellos y Dios. Es terrible volver a las ordenanzas después de haber conocido a Cristo; pero tampoco se puede decir que eso mismo no les sea perdonado a muchos que, después de haber caído así en una trampa, vuelvan otra vez .

¿Qué emplea Dios hoy para cultivar nuestros corazones? (v. 7). La gracia, no la ley. Moisés estaba sobre el principio de la ley; el Señor Jesús estaba sobre el principio de la gracia. Corazones libres, felices y agradecidos son los frutos propios –la “hierba provechosa”– de tal labranza. ¿Cómo está su alma delante de Dios? ¿Piensan ustedes encontrarlo en juicio o en gracia? ¿Su alma está en comunión con Dios merced a la libertad de la gracia, o teme un próximo día de juicio? En este último caso, ella no produce hierba provechosa a Aquel por quien es labrada, sino espinos y abrojos, producto natural de un escenario corrupto, ya sea la tierra que piso o el corazón que llevo dentro de mí. Si actúo con un espíritu legalista, con un espíritu de justicia propia, si mis relaciones con Dios son como las que mantengo con un juez, ¿no es eso actuar según la naturaleza y producir

espinos y abrojos? Si, por el contrario, ando en la confianza filial de uno que ha confiado en la salvación de Dios, allí está la tierra que produce hierbas provechosas para Aquel por quien es labrada.

Ahora bien, ¿sobre qué se funda el apóstol para estar persuadido de “cosas mejores” (v. 9) en cuanto a ellos? No le basta la simplicidad con que ellos habían recibido la gracia, sino que considera los frutos de justicia que se veían entre ellos, cosas hermosas que acompañan a la salvación, pero que nunca la constituyen. Por tanto, al comprobar esta abundante y bella fertilidad, es como si les dijera: «Aunque estoy haciendo sonar una alarma, no es por ustedes que temo». Después de ubicarse sobre este terreno, prosigue en él hasta el final del capítulo, y solo retorna a lo doctrinal cuando llega al capítulo 7. Les ruega que continúen sirviendo a los santos. El conocimiento que ustedes tienen de Cristo, ¿produce estos dos resultados: comunión secreta del alma con él y energía práctica en una marcha cristiana fecunda? Ahora –dice él– perseveren en la hermosa actividad práctica que han comenzado. No se hagan perezosos,

“ Sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.

A continuación presenta a Abraham como uno que no aflojó su mano hasta el fin. Abraham no solo obtuvo la promesa (Génesis 15), sino que perseveró con paciencia hasta que le fue confirmada por juramento (Génesis 22). Nosotros no somos llamados a la fe solamente, sino también a la paciencia de la fe. Uno podría tener un consuelo y, sin embargo, no tener un fortísimo consuelo. Esto lo vemos en Abraham. Tuvo un consuelo en Génesis 15, y un fortísimo consuelo en Génesis 22. Cierta vez un creyente me dijo: «En esta última enfermedad el Señor me tuvo tan cerca de él que sentí como si nunca antes hubiera creído». El apóstol quería que fuésemos como Abraham en Génesis 22, para que

“ Tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros (v. 18).

Generalmente se aplica mal este pasaje. No se trata de un pecador que corre a refugiarse en la sangre de Cristo, sino de un creyente que corre hacia la esperanza de la gloria para escapar del naufragio de todas las perspectivas terrenales. Esto basta para probarnos. ¿Nos aferramos al naufragio de todo aquí abajo? ¿Alimentamos esperanzas para mañana? Abraham huyó de todas las perspectivas terrenales para asirse de la esperanza de la gloria. El apóstol dice: “Asirnos de la

esperanza”, no de la cruz. La Palabra de Dios tiene una intensidad tal que a menudo se nos escapa. Seguidamente vuelve a las figuras levíticas. Su esperanza, ¿penetra dentro del velo? ¿Tienen todavía una esperanza acerca de mañana, una esperanza aquí en la tierra? De qué está pendiente su esperanza: ¿del retorno de Cristo o de lo que el día de mañana les promete en este mundo?

“Donde Jesús entró por nosotros como precursor”. Aquí el Señor Jesús es revelado bajo un nuevo carácter. Lo vemos en el cielo no solo como nuestro sumo sacerdote, sino también como quien ascendió allí para asegurarnos un lugar con él mismo. ¡Oh, si fuésemos capaces de descubrir las glorias de la dispensación actual! Ella está llena de glorias. Jesús está ahora en el cielo con la gloria de un precursor –de un sumo sacerdote–, de Aquel que hizo la purificación de nuestros pecados. Allí está sentado y adornado de glorias. Vestirá otras glorias en los cielos milenarios, pues también será Rey de reyes y Señor de señores en la tierra milenaria. No lo es actualmente, pero hay glorias en las cuales él brilla a los ojos de la fe. Con corazones sinceros y contritos, meditemos en las glorias de “estos postreros días”, como se los llama en esta epístola (cap. 1:2).

Capítulo 7

El paréntesis termina al final del capítulo 6, presentando a Jesús dentro del velo como nuestro precursor, “hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. Así se vuelve a considerar el gran tema anunciado en el versículo 10 del capítulo 5. Aarón, como lo hemos visto, simplemente fue llamado a ejercer su oficio, mientras Finees lo adquirió. Ahora consideraremos el mismo sacerdocio en su nueva fase: “según el orden de Melquisedec”.

Si yo les dijera que este mundo es el escenario de una vida perdida, ustedes me entenderían. La vida terrenal no es más que una muerte en suspenso. Volver a la vida es volver a Dios. Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. El pecado produjo la pérdida de la vida; consecuentemente, si me es posible volver a la vida, volveré a Dios. Dios visita este mundo bajo un doble carácter: como vivificador y como juez. El capítulo 5 de Juan declara que todos estamos interesados en una o en otra de estas visitas. Ahora bien, la tarea de esta epístola es hacer saber al más débil creyente en Jesús que ha vuelto a la vida y que en la actualidad tiene que ver con el Dios vivo o, dicho de otro modo, con Dios como Aquel que vivifica. “El Dios vivo” es una expresión que se repite con frecuencia en esta epístola:

“ Apartarse del Dios vivo (cap. 3:12), servir al Dios vivo (cap. 9:14), la ciudad del Dios vivo (cap. 12:22).

El Dios vivo ocupa así mi campo visual, tanto ahora como en la gloria. Habiendo vuelto a él, ahora debo evitar apartarme de él. He escapado de la región de la muerte y retornado a la región de la vida. Pronto, en la gloria, hallaré “la ciudad del Dios vivo”. La pregunta es: ¿Cómo he vuelto a él? Esta epístola nos da la respuesta de una manera admirable.

Es un magnífico tema moral seguir al Señor Jesús en su ministerio a través de los cuatro evangelios, y verle desde el principio hasta el final de su historia, revelándose como el Dios vivo en este mundo. Contemplarle en Getsemaní—entregando su espíritu— y luego levantándose de la tumba como el Dios vivo y dispensar el Espíritu Santo. En él vemos al Dios vivo en medio de una escena invadida por la muerte. El propósito de esta epístola a los Hebreos es particularmente presentar a Cristo como el Dios vivo. El apóstol está imbuido del pensamiento de la muerte y de la cruz de Cristo. No sería la epístola a los Hebreos si no considerase a Cristo en su carácter de sustituto.

Pero, si bien vemos al Cordero sobre el altar, igualmente vemos el sepulcro vacío. Ya hemos dicho que el Señor mismo siempre vincula la historia de su muerte con la historia de su resurrección. “El Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condena-

rán a muerte... mas al tercer día resucitará” (Mateo 20:18-19). Lo mismo tenemos aquí, pero de una manera doctrinal, no histórica. La cruz es mencionada con frecuencia en la epístola, pero siempre en compañía de la ascensión. Tomemos el principio de la epístola: “Habiendo hecho la purificación de nuestros pecados”. ¿Cómo los purificó? Por la muerte. Desde el principio de esta epístola somos puestos frente a la muerte, pero en seguida leemos: “Se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”. Y de nuevo leemos: “Para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos” (cap. 2:9). ¿Allí termina la historia? No, él está “coronado de honra y de gloria”. Lo que los evangelios narran históricamente, la epístola a los Hebreos lo toma como doctrina.

El Espíritu Santo considera al Dios vivo en la persona de Jesús, así como Jesús manifestaba al Dios vivo en su persona. Igualmente, en el capítulo 2: “para destruir por medio de la muerte” –la muerte es puesta de nuevo ante nosotros–, pero, ¿qué sigue?:

Al que tenía el imperio de la muerte



(v. 14).

Allí tenemos otra vez el sepulcro vacío, así como el altar y el Cordero. En esta epístola voy a encontrar una tumba vacía, pero no como “María Magdalena y la otra María”. Yo espero hallarla vacía. El error de esas queridas mujeres fue que ellas esperaban hallarla ocupada. Yo voy esperando hallarla vacía, y así la hallo. Cuando veo al Cordero sobre el altar, y el sepulcro vacío, me apodero de la vida victoriosa e imperecedera. Esta es la roca viviente de la cual el Señor habló a Pedro.

En el capítulo 5 vimos que, en Getsemaní, Jesús planteó la cuestión de su derecho moral a la vida, y que fue oído a causa de su temor reverente. Luego, y a pesar de tener este título moral, lo abandona y toma su lugar como sustituto. Desde Getsemaní, Jesús marchó al Calvario. Getsemaní fue un momento maravilloso. Allí el gran tema de la vida y de la muerte fue solucionado entre Dios y Cristo. En lugar de emprender el viaje al cielo, al cual tenía derecho, transitó por el funesto camino en el que nuestros pecados le pusieron aquí en la tierra. Todo esto es de un inmenso y precioso interés.

En el Calvario le hallamos nuevamente en la muerte; pero tan pronto entregó el espíritu, todo experimentó el poder del Vencedor. Jesús descendió hasta las regiones más tenebrosas de la muerte; pero, en el momento en que las tocó, todas sintieron este poder del Vencedor: la tierra tembló, las rocas se partieron, los sepulcros se abrieron y los cuerpos de santos que habían dormido se levantaron. Y, si consideramos el capítulo 20 de Juan, no solo vemos la tumba vacía, sino

la tumba cubierta por las señales de la victoria: los lienzos en tierra y el sudario que no estaba puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. Nunca lograremos leer el misterio del Cristo de Dios si no le recordamos como el Dios vivo en medio de la muerte, obteniendo victorias dignas de él. Lo vemos en la muerte rasgando el velo. En el sepulcro, el sudario enrollado en un lugar aparte proclama la historia de la conquista. Luego aparece en medio de sus discípulos, y es exactamente el Dios vivo de Génesis 1. Allí vemos a Dios soplando vida en las narices del hombre, siendo así el principio y la fuente de la vida. En Juan 20 el Señor brilla a nuestros ojos como el principio y la fuente de una vida irrevocable e infalible cuando sopla en sus discípulos y dice: “Recibid el Espíritu Santo”.

Tal es el carácter bajo el cual nos lo presenta esta epístola, como teniendo derecho a la vida y conservándola para nosotros. Ese es su sacerdocio según el orden de Melquisedec. Él no es solamente el Dios vivo. Podía haberlo sido igualmente si hubiese ido al cielo desde Getsemaní; pero Jesús fue al cielo desde el Calvario, y allí está ahora como el Dios vivo para nosotros; y Dios está satisfecho, plenamente satisfecho. ¿Cómo podría no estarlo? El pecado ha sido quitado y el Dios bendito sopla el principio de vida. Es, por así decirlo (y podemos expresarlo así con corazones postrados en adoración), el elemento propio de su naturaleza: él está satisfecho. ¿Cuándo y cómo expresó Dios su satisfacción? Cuando Cristo resucitó a la faz del mundo que exclamaba:

No queremos que este reine sobre nosotros

“

(Lucas 19:14),

Dios dijo:

Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies

“

(Hebreos 1:13).

Tal fue su satisfacción en un Cristo rechazado. Y cuando Cristo ascendió a los cielos bajo otro carácter, como habiendo hecho expiación, le colocó en lo más alto de los cielos con juramento, y edificó para él un santuario: el “verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre” (Hebreos 8:2). ¿Podría Dios mostrarnos, en una forma más cautivante, que está satisfecho con lo que Cristo hizo por nosotros?

¿Son suficientes para mí los oficios de tal sumo sacerdote? Deben serlo. Estoy en relación con la vida, y toda cuestión entre Dios y yo está totalmente resuelta. Cristo es Rey de justicia y Rey de paz; él provee todo lo que nos hace falta, en virtud de la autoridad real de su propio nombre.

En el momento en que vemos al Dios vivo desplegado en esta epístola, hallamos que comunica la vida por la eternidad a todo lo que toca.

- El trono de Cristo permanece por los siglos de los siglos (cap. 1);
- su casa es por los siglos de los siglos (cap. 3);
- su salvación es eterna (cap. 5);
- su sacerdocio es inmutable (cap. 7);
- su pacto es eterno (cap. 9);
- su reino es incommovible (cap. 12).

No hay nada que él toque sin comunicarle eternidad. Para dar un título a la epístola a los Hebreos, podríamos decir que ella es «el altar ocupado y el sepulcro vacío».

Cristo se ha posesionado de la vida, pero no para guardarla para sí mismo. Este Jesús viviente dice en lo más alto de los cielos: «Ahora que he adquirido la vida, la compartiré con ustedes» ¡Oh profundidad de las riquezas!

Capítulo 8

“ Tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre (v. 1-2).

¡Qué palabras tan exquisitas! ¿Qué glorias llenaron los cielos en los días de la creación? El sol, la luna y las estrellas fueron colocados allí. Los dedos de Dios los adornaron. Pero díganme: ¿no adornan los cielos actuales también? Si hubo glorias puestas en los cielos exteriores por los dedos de Dios, también las hay, por la gracia de Dios, en los cielos interiores. Una de estas glorias es un tabernáculo que el Señor levantó allí. Cristo descendió del seno eterno para glorificar a Dios en la tierra. ¿Podía haber, para adornar a una Persona tal, alguna gloria demasiado brillante? ¡Qué visión nos es presentada así sobre las relaciones entre Dios y Cristo, entre el Padre y el Hijo! Y entre las glorias que esperaban a Jesús en lo alto había un templo levantado por el Señor mismo. El sol sale como esposo de su tálamo para recorrer su camino; el Creador puso tabernáculo en los cielos para el sol (Salmo 19). Y en la redención, Dios edificó una habitación para el sumo sacerdote, quien está sentado allí en el lugar de honor más alto. Cristo no podía ser sacerdote aquí en la tierra, pues el lugar estaba ocupado según la institución divina. Se ha dicho neciamente que Cristo no habría podido entrar en el Lugar Santísimo. Seguramente que no, pues él provenía de la tribu de Judá. Él no vino para infringir las ordenanzas de Dios, sino para cumplir toda justicia. ¿Qué tenía que hacer en el Lugar Santísimo? Si allí se hubiese hallado un sacerdote de la tribu de Leví, este habría tenido el derecho de expulsarlo. Cristo tenía derecho a todo, sin duda, pero había venido como siervo sumiso, como aquel que “se despojó a sí mismo”. ¿Se impuso por la fuerza a los dos discípulos en Emaús? Mucho menos siendo, como era, un hijo de Judá, habría entrado por la fuerza en la casa de Dios.

Detengámonos aquí un momento. En esta epístola, de principio a fin, el Espíritu toma una cosa tras otra y las pone a un lado para dar lugar a Cristo. Y cuando ha dado lugar a Cristo y lo introduce, lo fija ante nosotros para siempre. Todos debemos someternos a esto. ¿No nos ha hecho Dios a un lado para introducir a Cristo en nuestro lugar? La fe se inclina ante ello. Es lo que él ha hecho en toda alma que cree. En el primer capítulo Dios deja a los ángeles a un lado: “Pues,

¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?” (v. 13). ¡Oh, cómo la fe simpatiza con esto! ¡Cómo los ángeles condescienden a ello! Luego vemos a Moisés puesto a un lado:

“ Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo... pero Cristo como hijo sobre su casa (cap. 3:5-6).

Podemos dejar a Moisés porque tenemos a Cristo, así como el eunuco pudo desvincularse de Felipe porque había hallado a Cristo. Después, en el capítulo 4, aparece Josué, pero él también es dejado a un lado: “Si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día” (v. 8). Cristo es puesto delante de mí como el verdadero Josué que realmente me da el reposo. Seguidamente Aarón es puesto a un lado para dar entrada al sacerdocio de Cristo; mas cuando tengo este sacerdocio delante de mí, lo tengo por la eternidad. Asimismo, Cristo es el mediador de un mejor pacto; el antiguo pacto desapareció por cuanto el Señor no tiene nada que hacer con él. Al final leemos esta magnífica declaración, que podría ser el texto por excelencia de la epístola: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (cap. 13:8). Una vez introducido, Jesucristo es el mismo “por los siglos”. ¡Qué magnífico pensamiento por el cual Dios desaloja todas las cosas para introducir la bendita persona de Jesús! He aquí la perfección, porque Dios reposa en él. Este es exactamente el sábado de la antigüedad, cuando Dios reposó en la creación. Ahora Dios reposa en Cristo, y esto es la perfección. Si comprendemos realmente que nuestro lugar está allí, respiramos la atmósfera de la perfección: una obra cumplida, un sábado. No hay nada más fecundo en luminares gloriosos que la epístola a los Hebreos. Es una epístola de glorias incalculables y de inestimable valor para la conciencia de un pecador despertado. Ella es el título que mi alma tiene para respirar la atmósfera del cielo mismo. Poseo este derecho. Puedo usarlo o no, pero ¿pondré una nube sobre mi título porque mi experiencia es tan pobre?

Al final del capítulo 8 todavía vemos otra cosa puesta a un lado: el primer pacto. El pacto del cual Cristo es ministro no puede envejecer jamás. “Nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (v. 12). No hay una sola arruga en su rostro, ni canas sobre su frente.

El Señor toca todo y lo coloca delante de Dios para siempre; y Dios reposa en ello. Él perfecciona todo lo que toca. Mientras todo le hace lugar, él no hace lugar a nada. ¿Desearían ustedes que esto no fuese así? ¿No quiso Juan el Bautista que esto fuese así? Cuando los discípulos fueron a Juan y le dijeron: “Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a él”, Juan respondió: “El que tiene la esposa, es el esposo;

mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido” (Juan 3:26, 29). Tal debería ser la expresión instintiva de su corazón y del mío. Si el Espíritu ha actuado en nuestra alma, debemos decir: «¡Bendito sea Dios! Él me ha puesto a un lado para introducir a Jesús». Hay una maravillosa armonía entre lo que descubrimos aquí y la experiencia de nuestras propias almas. ¡Nunca agotaremos la visión de estas glorias hasta que estemos perdidos en su infinito: un océano sin ribera!

Capítulos 9 y 10:1-18

Para continuar el estudio de nuestra epístola leeremos ahora el capítulo 9 hasta el versículo 18 del capítulo 10. Esta es la última sección de la parte doctrinal; luego, hasta el final, tenemos exhortaciones morales. Desde el comienzo del capítulo 9 hasta el versículo 18 del capítulo 10, el argumento es uno solo.

Sin embargo, detengámonos un instante para considerar la estructura de la epístola. ¿Han imaginado alguna vez, de manera un poco distinta, las glorias que pertenecen al Señor Jesús? Hay tres formas de gloria en él: la gloria moral, la gloria personal y la gloria oficial. Desde el pesebre hasta la cruz tuvo lugar la manifestación de sus glorias morales. En “estos postreros días” el Señor está manifestando algunas de sus glorias oficiales, y pronto exhibirá más, por ejemplo, en los días milenarios. Los profetas de antaño hablaron de Sus padecimientos y de las glorias que vendrían tras ellos, pero no de la gloria (1 Pedro 1:11). Su gloria personal constituye el fundamento de cada una de las otras glorias.

Aquí tenemos un gran tema para nuestra constante meditación: las glorias del Señor Jesús desde el seno de la virgen hasta el trono de su poder milenario. En todo el curso de su vida en la tierra Jesús manifestó sus glorias morales. Ya pasó la escena en que estas tuvieron lugar, y él se sentó en el cielo mismo; pero eso no hizo sino darle pie para desplegar otras. Los cuatro evangelios nos ofrecen un cuadro de sus glorias morales aquí en la tierra. En la epístola a los Hebreos lo vemos sentado ahora en el cielo, con una constelación de glorias oficiales. Otras Escrituras nos presentan sus glorias venideras. Dondequiera lo veamos, lo vemos rodeado de un conjunto de variadas glorias.

Los capítulos 9 y 10 nos presentan la obra de Cristo en la cruz como el fundamento de cada una de sus glorias presentes. En los primeros ocho capítulos hallamos un variado despliegue de las condiciones actuales del Señor Jesús en el cielo. Ahora, como base de todo eso, en los capítulos 9 y 10 tenemos una exposición de la perfección del Cordero en el altar.

¿Hemos hecho de “estos postreros días” un tema de meditación? ¿Por qué el Espíritu Santo está habilitado para llamar “postreros días” a la época por la cual estamos pasando? Tendremos otros días después de estos. ¿Por qué, pues, habla de “postreros días”? Porque Dios –y esto es muy hermoso– reposa en lo que el Señor Jesús ha hecho, tan plenamente como él reposó en la perfección de su propia obra al final de la creación. Esto no significa que en el desarrollo de las dispensaciones de Dios no tendremos otras épocas; no obstante, el Espíritu no vacila en llamar

los “postreros días” a esta en la que vivimos. El Señor ha satisfecho a Dios en todo lo que ha hecho. Él perfecciona todo lo que toca, confiriéndole un carácter eterno; y Dios no mira más allá de eso. Todo es puesto a un lado hasta que Cristo sea introducido, pero no hay nada después de él.

Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.

“

Toda vez que Dios halla su reposo en alguna cosa, tenemos allí la perfección, es decir, el punto final; y dado que tenemos la perfección, estamos en los postreros días. Dios ha hallado su plena satisfacción, y lo mismo puedo decir con respecto a mí. Cristo puede ser manifestado en los días milenarios, pero es exactamente el mismo Cristo que tenemos ahora. ¿Me atenderé, pues, a Moisés o a Josué? Considerados a la luz de Cristo, todos ellos son “pobres rudimentos” (Gálatas 4:9). Todos ceden el lugar, uno tras otro. Pero apenas Cristo es introducido según los pensamientos de Dios, Dios reposa en Cristo. Cuando realizamos nuestra posición, estamos en el segundo sábado de Dios, ¡que excede grandemente al primero! El reposo del Redentor es incomparablemente más bendito que el reposo del Creador. En Cristo hemos hallado la perfección –el reposo de Dios–, y así estamos en los “postreros días”.

Ahora bien, cuando llegamos a los capítulos 9 y 10 vemos a Cristo, no propia o característicamente en el cielo, sino en el altar. Las glorias que le rodean actualmente nos han sido presentadas una tras la otra: la gloria del sacerdocio, la gloria de Aquel que hizo la purificación de nuestros pecados, del predestinado heredero del mundo venidero, del apóstol de la salvación, del ministro del pacto que jamás envejece, del dador de la herencia eterna. Estas son las glorias de los “postreros días”.

En el capítulo 9, versículo 11 y siguientes, vemos que la cruz las sostiene a todas. ¡Cuán precioso es seguir la huella, desde Mateo hasta Juan, de una senda de tanta belleza moral! El Señor Jesús, ¿desempeñó sus funciones oficiales aquí en la tierra? No. Él estuvo aquí en forma de siervo. Pero cuando le consideré así, fui invitado a mirar hacia arriba para contemplar, no a una persona que anda con perfecta belleza moral, sino a Quien fue invitado con juramento a sentarse a la diestra de la Majestad en medio de los esplendores gloriosos, a Quien el satisfecho corazón de Dios hizo sentar allí sin posibilidad de reconsideración. Dios puso a Adán en Edén con el objeto de ponerlo a prueba. Pero en los cielos hizo sentar a Cristo y no se arrepentirá de ello.

Ahora leemos lo que revela la perfección de Su obra como Cordero de Dios, como el gran fundamento de todas esas glorias. Sus glorias morales aquí en la tierra no habrían tenido la perfección que mostraron si él no hubiese ido a la cruz para morir allí. Tampoco habría tenido sus glorias oficiales en el cielo si no hubiese ido a la cruz. Cuando el Señor Jesús fue colgado en el madero maldito como el Cordero de Dios, por encima de su frente ensangrentada se podía leer, en todas las lenguas, la inscripción:

Este es el Rey de los judíos.

“

Estos últimos procuraron borrarla, pero Dios no lo permitió. Él quiso que toda la creación supiese que la cruz era el título para su reinado. El título que Pilato escribió en la cruz, y que Dios conservó allí, es maravilloso.

Ahora, habiendo admitido que la cruz constituye el fundamento de la gloria, como lo afirma la inscripción de Pilato, díganme qué es lo que sostiene a la cruz misma. ¿Carece ella de fundamento? El secreto se revela en estos capítulos: como la cruz sostiene sus esperanzas, así la Persona sustenta a la cruz. La gloria personal de Cristo es el sostén de la cruz. Si él hubiese sido menos que Dios manifestado en carne, todo lo que hizo no tendría más valor que el agua derramada sobre la tierra. La cruz es el sostén de todo este inmenso misterio de glorias oficiales, milenarias y eternas, y la Persona es el sostén de la cruz. Es preciso que él sostenga su propia obra y que su obra lo sostenga todo. Este es precisamente el argumento de estos capítulos.

Un velo separaba el lugar donde los sacerdotes ministraban y el lugar simbólico de la habitación de Dios. Ese velo significaba que la época levítica no daba al pecador ningún acceso a la presencia de Dios. ¿No había sacrificios? Sin duda que sí, y el altar de Dios los aceptaba. Pero eran “ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto” (cap. 9:9). Entonces Cristo se presenta de una manera admirable a nuestro corazón y reclama una nota de admiración.

“

Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos... santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?

(v. 13-14).

Tras examinar el antiguo tabernáculo, ver la miseria de sus elementos y comprobar que la sangre de los toros no puede introducirnos en la presencia de Dios, desviemos nuestras miradas de toda esta insuficiencia, dirijámoslas a la perfecta suficiencia de la sangre de Jesús y exclamemos a viva voz: «¡Cuánto más la sangre de Cristo limpiará nuestras conciencias!». Es así como debemos venir a la cruz, dejando a un lado toda duda y razonamiento, y sumiéndonos en admiración. Lo que el Espíritu hace es tomarnos de la mano cariñosamente para conducirnos en el altar del Calvario y decirnos quién es la víctima cuya sangre es derramada allí. Nadie más que Aquel que estaba personalmente libre podía decir: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”. ¿Tienen ustedes derecho a poseer una voluntad? ¿Lo tienen Miguel o Gabriel? La ocupación de estos es hacer Su beneplácito, pero he aquí Uno que podía ofrecerse sin mancha a Dios. “Cuánto más”, pues, un sacrificio semejante limpiará nuestras conciencias y nos introducirá de inmediato en la presencia del Dios vivo. Esto me ha autorizado a decir que, cuando contemplamos sus glorias –sus glorias oficiales–, vemos que la cruz es el sostén de todas ellas. Pero el alma que no conoce la gloria personal del Señor, no conoce positivamente nada. Ese es el secreto que hallamos aquí. Aquel, para quien Dios había preparado un cuerpo, satisfizo las exigencias del altar, por el Espíritu eterno, antes de entrar en el santuario santo para desempeñar el oficio de Sacerdote de Dios. Y la expiación mana de la satisfacción. Si descubro que el sacrificio de Cristo ha respondido a las exigencias del altar de bronce, veo que mi reconciliación está sellada y arreglada eternamente.

La epístola a los Efesios dice que nos mantengamos sobre esta base y consideremos todas las glorias de nuestra condición celestial en Cristo. La epístola a los Hebreos nos muestra las glorias de la condición presente de Cristo en unos trescientos versículos. ¡Qué mundo de maravillas abren estos! Estamos fundados sobre lo que Cristo ha hecho; y lo que él ha hecho está fundado sobre lo que él es.

Capítulo 10:19-39

Llegamos a otra hermosa porción de la epístola y, según lo dimos a entender, a una nueva división de la misma. Leeremos desde el versículo 19 hasta el final del capítulo. Ustedes habrán observado la estructura general de las epístolas. Consideremos, por ejemplo, la epístola a los Efesios. Los tres primeros capítulos tratan de la doctrina, y los tres últimos de su aplicación moral. Lo mismo ocurre en Colosenses, en Gálatas, en Romanos, etc. En la epístola a los Hebreos ocurre lo mismo, y precisamente ahora estamos abordando la aplicación práctica de lo que vimos anteriormente.

Ahora las plenas glorias del Cordero adornan el trono celestial,

“

como lo expresa un bellissimo himno del Dr. Watts.

Hemos contemplado esto constantemente durante el curso de esta epístola. Pero, permítanme preguntarles: ¿Hay en “estos postreros días” alguna gloria que no se vincule con el Señor Jesús en el cielo? Me dirán que toda gloria le pertenece, y lo admito; pero debemos ver glorias que se conectan con nosotros mismos. Tal es la maravillosa obra de Dios que ha hecho del pecador arrepenido una criatura gloriosa. Estos postreros días que han puesto a Cristo en lo alto, en medio de las glorias, también han puesto aquí en la tierra, en medio de las glorias, al pecador que cree.

Ciñamos nuestros lomos para aprehender estas glorias. No esperamos el reino para verlas. Es una gloria para nosotros tener la conciencia purificada. Es una gloria tener pleno derecho a estar en la presencia de Dios sin ruborizarnos. Es una gloria llamar Padre a Dios, tener a Cristo como nuestro precursor en los lugares celestiales, penetrar en el Lugar Santísimo sin un escalofrío en la conciencia, ser introducidos en los secretos de Dios. Si podemos elevar nuestros corazones y decir: “Abba, Padre”, si podemos levantar la cabeza y exclamar: “¿Quién es el que condenará?”, o “¿Quién nos separará del amor de Cristo?”, si podemos creer que somos hueso de sus huesos y carne de su carne, que somos parte de la plenitud de Cristo, ¿osaría alguien decir que no hay ninguna gloria en todo eso? De modo que esta epístola nos introduce en los pensamientos más preciosos. Ella me pide que levante mi vista al cielo para ver a Cristo adornando el trono, y que la baje a la tierra para ver al pecador redimido brillando en el estrado de Sus pies.

El mundo no percibe nada de estas glorias. Nosotros las vemos solamente en el espejo de la Palabra, por la fe; no obstante, afirmo con toda osadía que no espero el reino para saber lo que es la gloria. Miro hacia arriba y veo al Cordero en las glorias que ha adquirido; miro hacia abajo y veo a los santos en las glorias que les han sido dadas. Y de allí parte la aplicación moral.

“ Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo (v. 19).

Allí me veo a mí mismo; ¿dirá alguien que no hay gloria en una condición semejante? Ese es mi título. Aquí se nos exhorta a disfrutar de nuestro título. Hacerlo es obedecer. La primera cosa que debemos a Dios es gozar de lo que él nos ha hecho y de lo que nos ha dado. “Acerquémonos”. Hagamos uso de nuestro privilegio. Es el primer gran deber de la fe, y me atrevo a decir que es el más agradable. ¡Qué estrechez la nuestra cuando se trata de gozar de estas glorias! ¿Nunca se han contemplado en el espejo de la Palabra? Lamentablemente estamos acostumbrados a contemplarnos en el espejo de las circunstancias, de nuestras relaciones. Pero si en el secreto de nuestros corazones podemos exclamar con alegría espiritual: «¡Soy un hijo de Dios!», si con la misma alegría de espíritu podemos exclamar: «¡Soy coheredero con Cristo!», entonces comenzamos a obedecer. Eso es exactamente lo que somos invitados a hacer: “Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe” (v. 22).

Debemos considerarnos a nosotros mismos como el sacerdocio de Dios. Los sacerdotes de la antigüedad eran lavados en el momento de entrar al tabernáculo para servir al Señor. El lugar de la propia presencia de Dios no debía ser manchado por el pie del sacerdote, quien entraba en una condición acorde con la dignidad del lugar. ¿Vivimos en la presencia de Dios durante todo el día, conscientes de que somos dignos de tal lugar? ¿Cómo seremos presentados delante de él dentro de poco? Judas nos lo dice: “sin mancha delante de su gloria con gran alegría”. Ahora estamos en Su presencia irreprochables, sin mancha. No podríamos situarnos demasiado bajo en la carne, y tampoco podríamos situarnos demasiado alto en Cristo. Es mucho más fácil –si podemos hablar por los demás– humillarnos en cuanto a la carne que magnificarnos en Cristo como el Espíritu lo hace aquí. Ahora, habiendo entrado en el Lugar Santísimo, él me dice lo que debo hacer ahí. Si conozco mi derecho a estar en la presencia de Dios, es preciso que también sepa que estoy allí como heredero de la gloria prometida; estoy allí para ser guardado hasta que la gloria brille. No-

sotros somos testigos de una categoría de glorias, así como el Señor Jesús es testigo de otra clase de glorias. Estamos en un lugar donde abundan las riquezas; y, habiendo entrado allí, tenemos que asir nuestra esperanza sin vacilar:

“ Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza
(v. 23).

Si entramos sin ningún temor, sin temor también debemos asir nuestra esperanza. A eso nos ha llamado nuestro Dios. Estamos allí con plena confianza; y, hallándonos allí, debemos hablar de nuestra esperanza. Pero también debemos hablar el lenguaje de la caridad, “para estimularnos al amor y a las buenas obras”. ¡Qué servicio tan exquisito! ¿Quién puede expresar las bellezas de estas cosas?

“No dejando de congregarnos... sino exhortándonos” (v. 25). Cuando entramos en la casa, ¿qué debemos hacer? ¿Permanecer abatidos por el sentimiento de nuestra ruina? No, debemos exhortarnos unos a otros al amor y a las buenas obras. Estas son las actividades de la casa. Habitamos juntos una casa feliz, exhortándonos los unos a los otros, y tanto más cuanto señalamos al cielo y decimos: «Mirad, la aurora se acerca; el cielo se esclarece». Necesitamos exhortarnos unos a otros mucho más para conocer nuestra dignidad en Cristo que para escudriñar nuestro degradante estado moral. Es necesario conocernos como pobres e indignas criaturas, y es muy conveniente la confesión; pero ceñir nuestro entendimiento para comprender plenamente la dignidad de la que estamos revestidos es mucho más conveniente a nuestra posición sacerdotal que estar siempre en lo profundo.

“ De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo
(Salmo 130:1).

Pero aquí nos vemos aceptados, manteniendo nuestra esperanza sin fluctuar, exhortándonos unos a otros y diciendo, al mirar al oriente del firmamento: “el día viene”.

Después de haber sido conducidos así hasta el versículo 25, el apóstol introduce un pensamiento solemne que tiene que ver con el pecado voluntario. En Números 15, donde se considera el pecado de soberbia, leemos la contraparte de esto (v. 30). Bajo la ley había dos tipos de ofensa. Un hombre podía hallar una cosa que pertenecía a su prójimo y comportarse deslealmente al respecto, o bien podía mentir a su prójimo; había una ofrenda (el sacrificio por la culpa) prevista para los pecados de este tipo. Pero si un hombre recogía leña en día de reposo, debía ser ape-

dreado inmediatamente. Para él solo quedaba “una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego” (v. 27). Era un pecado cometido con soberbia; insultaba al Legislador en su propia cara. Este es el pecado voluntario del Nuevo Testamento: es ultrajar al Dios de esta dispensación, como el que recogía leña ultrajaba al Dios de la ley. No debemos ser indiferentes en cuanto al pecado; si cometemos el menor pecado, debemos arrepentirnos y dolernos por ello. Pero eso no es lo que se contempla aquí. Aquí se trata de la apostasía del cristianismo.

Luego, tras llegar al versículo 31, el apóstol exhorta a traer “a la memoria los días pasados”. Permítanme preguntarles si ustedes recuerdan el día en que fueron iluminados. Alguno quizá diga: «La luz alumbró progresivamente sobre mí». Tal pudo ser el caso de Timoteo; a menudo he pensado que Timoteo, bajo la educación de su piadosa madre, pudo haber pasado inadvertidamente a formar parte del rebaño de Dios. Pero la mayoría de los creyentes recuerdan el día en que fueron iluminados. Si en la historia del alma hay un momento de energía moral, ese momento es el día en que ella recibió la vida. ¿Por qué no hemos conservado la fuerza de ese momento? ¿Es un Jesús diferente el que tenemos ahora? Si yo sé que otrora hubo un día en que no había nada común entre Dios y yo, y que ahora ha llegado el día en que todo terminó entre el mundo y yo, sé lo que es el cristianismo práctico. ¿Cuál era el día que los hebreos debían traer a la memoria? El día en que, después de haber sido iluminados, sufrieron con gozo el despojo de sus bienes. ¿Por qué sucedió esto? Los ojos de ellos estaban puestos en una mejor herencia. Si me posesiono del objeto más rico, poco me importará que el más pobre desaparezca.

Podemos dar cuenta de la victoria sobre el mundo tan fácilmente como la podemos dar del acceso a Dios. Allí precisamente está el nudo de la epístola. Ella nos introduce dentro del velo y, por lo tanto, fuera del campamento. En el cristianismo, según su maravilloso y divino carácter moral, la gracia y la sangre de Cristo obran de una forma exactamente opuesta a la mentira de la serpiente. Esta hizo de Adán un extranjero para Dios, y le hizo tomar por patria este mundo contaminado: el hombre estaba en el campamento y fuera del velo. El cristianismo modificó esa situación. Él nos restablece en nuestra ciudadanía en la presencia de Dios y nos da el carácter de extranjeros en el mundo. El versículo 35 de este capítulo precisamente une estas cosas.

Mantengamos firme nuestra confianza; este será el secreto de nuestra fuerza. ¿En quiénes vemos la victoria sobre el mundo? En los que son felices en Cristo. ¿Por qué nos arrastramos tan miserablemente en los asuntos de este mundo? Porque no somos tan felices en Cristo como deberíamos serlo. Preséntenme un alma que tenga plena libertad y gozo en la presencia de Dios, y yo les mostraré que ella ha logrado vencer al mundo.

Luego el apóstol nos dice que entre el día en que hemos sido iluminados y aquel en que seremos glorificados debe transcurrir una vida de paciencia. No debo contar con una senda de placer, indiferencia y prosperidad; no debo contar con ser mañana más rico o más distinguido de lo que soy en este día, sino que debo contar con una senda de paciencia. ¿No hay gloria en eso? Sí, pues en ella encontramos la compañía de Cristo. Para nosotros no puede haber mayor gloria que la de ser compañeros de nuestro Señor rechazado. Esa es nuestra senda.

Y si (alguno) retrocediere, no agradará a mi alma

“

(v. 38).

Dios no se avergonzó de ser el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, pues ellos fueron extranjeros en la tierra. Pero si alguien se convierte en ciudadano de este mundo, en lugar de ser extranjero, si hace alianza con el mundo, Dios tendrá que decir de él: “No agradará a mi alma”.

Dios quiera que nos exhortemos unos a otros al amor y a las buenas obras, y, señalando hacia el oriente del firmamento, digamos: “¡El día viene!”. Amén.

Capítulo 11

Hemos llegado al capítulo 11. El versículo 35 del capítulo 10 es un eslabón que vincula los dos grandes pensamientos de la epístola, a saber, que el cristianismo nos coloca dentro del velo y fuera del campamento, es decir, deshace la obra de Satanás, la cual nos había hecho extranjeros de Dios y ciudadanos de un mundo corrompido. El Señor Jesús vino precisamente a desbaratar la obra de Satanás. Nada puede ser más bello que la antítesis entre la serpiente y Aquel que la hiere.

El “grande galardón” se revela en la vida de fe, la cual veremos ahora. Nosotros somos llamados –como dice John Bunyan– a «desempeñar el papel de hombres» (véase 1 Corintios 16:13). Si somos felices dentro, debemos combatir fuera. Este capítulo nos muestra a los escogidos de todos los siglos «desempeñando el papel de hombres» con el poder de este principio de confianza. “No perdáis, pues, vuestra confianza”; ella tiene “grande galardón”. La fe es un principio que distingue dos cosas diferentes en Dios. Lo ve como el que justifica al impío, por ejemplo, en Romanos 4; pero aquí la fe ve en Dios al “galardonador de los que le buscan”. Apenas captamos a Dios por medio de una fe que no hace obras, entramos en una fe que hace obras. Y mientras abrigamos con justicia una fe que salva nuestras almas, no seamos indiferentes a una fe que sirve a nuestro Salvador. A veces afirmamos osadamente nuestro derecho a la herencia, pero, ¿valoramos nuestra herencia? Es triste y miserable jactarnos de nuestro título y, no obstante, manifestar poco interés por la esperanza de la herencia. De igual modo, si me jacto de una fe que justifica, es deplorable ser indiferente a la fe que tenemos aquí en el capítulo 11.

“ Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.

Seguidamente se nos dice que la fe fortaleció a todas las personas eminentes de la antigüedad, quienes, por medio de ella, “alcanzaron buen testimonio”. Es otra prueba de que todo en esta epístola concurre para dejar de lado la ley. Si tomo la ley como el poder secreto de mi alma para hacer lo que sea para Dios, no lo estoy haciendo para Dios sino para mí mismo. La ley puede castigarme, azotarme y presionarme a ganar el derecho a la vida; pero eso sería servirme a mí mismo. La fe pone la ley a un lado. Seguidamente, tras haber establecido la fe como un principio activo, el apóstol comienza a desarrollar sus diferentes aspectos desde el principio. Yo creo que el versículo 3 puede referirse a Adán. Si Adán fue un adorador en el huerto, lo fue por la fe, y por ella pudo ver todas las maravillas que le rodeaban y discernir al gran Artífice.

Algunos dicen que todavía pueden adorar a Dios en la naturaleza. Pero cuando perdimos la inocencia, perdimos la creación como templo, y no podemos volver allí. La naturaleza era un templo para Adán; pero si vuelvo allí, vuelvo a Caín. Aquí llegamos a Abel y a la revelación. Nosotros somos pecadores, y la revelación –que nos da a conocer la redención– debe edificarnos un templo. Debemos tomar nuestro lugar como adoradores en el templo que Dios ha edificado en Cristo para nosotros.

Entonces llegamos a Enoc. Su vida no salió de lo común; pero él la vivió con Dios. En Génesis se nos dice que Enoc caminó con Dios, y aquí se nos dice que agradó a Dios. Como lo expresa el apóstol en 1 Tesalonicenses 4:

“Aprendisteis de nosotros cómo os conviene conducirlos y agradar a Dios.”

Caminar con Dios es agradarle. ¿Hay algo que pueda ser más bienvenido para nosotros que el pensamiento de poder complacer a Dios? En la vida de Enoc no hubo nada como para hacer una historia. Cualquiera sea nuestra condición de vida, nuestro deber es caminar con Dios. Es hermoso ver cómo una vida que no tiene nada notable para este mundo, precede a una vida plena de grandes acontecimientos. A veces se oye decir: «Soy un pobre ser inadvertido, mi vida es muy común comparada con la de otros creyentes que han sido distinguidos en el servicio del Señor». Pues bien –le respondería yo–, ¡usted es un Enoc!

La vida de Noé fue muy notable. Su fe captó la advertencia. La fe no espera el día de la gloria o el día del juicio para ver la gloria o el juicio. La fe, en el profeta, no pedía que sus ojos fuesen abiertos. Aquí la fe durante ciento veinte años parecía una insensatez. ¡Noé estaba construyendo una embarcación para tierra firme! Bien pudo haber sido el hazmerreír de sus vecinos, pero él veía lo que era invisible. ¡Qué reproche para nosotros! Supongamos que ustedes y yo viviésemos toda una vida dirigida por la gloria venidera, ¡de qué manera el mundo nos tendría por insensatos!

Mas no debo pasar por alto la frase: “Dios es galardonador de los que le buscan”. Afirmo nuevamente, con plena certidumbre, que ustedes no habrían querido hallar esta definición de la fe en Romanos 4. Un “galardonador de los que le buscan”, ¡qué lenguaje legalista!», dirían algunos si leyesen esto en un libro. ¡Ah!, pero es hermoso con el sentido que tiene aquí. La fe de un santo es algo que actúa con fuerza. ¿Será Dios deudor de alguno? No. Él remunera a los que siembran liberalmente.

Luego sigue la vida de Abraham; esta nos presenta un cuadro de los diversos ejercicios de la fe. En su fe hubo una magnificencia especial, un carácter victorioso, un fino discernimiento, cualidades que resaltan en la vida de Abraham. Él salió de Ur con los ojos vendados; pero el Dios de gloria lo condujo de la mano. Y así llegó a la tierra prometida; pero no le fue dado ni un solo pie de ella. Tuvo que tener la paciencia de la fe; pero cualquier cosa que viniera de los labios de Dios era algo precioso para Abraham. Anduvo toda su vida merced al poder del recuerdo de lo que había visto bajo la mano del Dios de gloria.

Ahora, si les dijese que la visión de Esteban ha pasado ante cada uno de nosotros, no tendríamos necesidad de esperar la misma visión que contempló Esteban, pues la hemos visto en él. Pueden llevarnos a la hoguera, pero podemos decir: “Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios”. Si somos sencillos y de corazón sincero, iremos hacia adelante como lo hizo Abraham cuando vio al Dios de gloria.

La fe de Sara fue diferente. Debemos ver a Dios como vivificador de los muertos. Noé comprendió así a Dios. Los israelitas, bajo el dintel ensangrentado, lo recibieron de la misma manera. La muerte estaba allí y hacía su obra en cada casa del país; pero los israelitas conocían a Dios como el vivificador de los muertos. Así fue como Noé, Abraham y Sara comprendieron a Dios. Si yo hago a Dios menos que el vivificador de los muertos, me hago a mí mismo más que un pecador muerto. Debo encontrarlo como vivificador de los muertos.

El versículo 13 es hermoso. Lo primero que se debe hacer con respecto a una promesa es apoderarse de ella; luego, ejercitar la fe a su respecto y, por último, recibirla con el corazón. “Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo”. Sus corazones abrazaron las promesas. ¿Hasta dónde las ha abrazado mi corazón? Cada uno conoce su propia flaqueza. Pero seguramente cuanto más las abracemos, más dichosamente consentiremos en ser peregrinos y extranjeros en este mundo. Este es un maravilloso retrato de un corazón arraigado en la fe. Abraham y Sara no se consideraban extranjeros porque habían dejado la Mesopotamia, sino porque no habían llegado al cielo. Ellos habrían sabido hallar el camino de vuelta a su tierra. Abraham podría habérselo indicado a Eliezer; pero eso no habría modificado su condición de extranjeros.

Si ustedes sufrieran un cambio en sus circunstancias, esto no les despojaría de su condición de extranjeros, si forman parte del pueblo de Dios. Volver a Mesopotamia no cambiaría en nada su condición. Para ellos nada podía poner fin a su condición de extranjeros, salvo la posesión de la heredad. Proseguían su camino al cielo, y Dios no se avergonzó de llamarse Dios de ellos.

En el capítulo 2 leímos que Cristo no se avergüenza de llamarnos hermanos, y ahora leemos que Dios no se avergüenza de llamar suyos a estos extranjeros. ¿Por qué Cristo no se avergüenza de llamarlos hermanos? Porque ellos están asociados con él en el mismo propósito eterno de Dios. Cristo y sus elegidos están incluidos en una misma familia. ¿Cómo podría avergonzarse de tal pueblo? Y si hemos dejado las filas del mundo, Dios no se avergüenza de nosotros, pues él mismo rompió con el mundo y no podría avergonzarse de nosotros, por cuanto participamos de un mismo sentir con él. Por tanto, cuando ellos se consideraron extranjeros, Dios se llamó a sí mismo Dios de ellos. Aquí nuestros corazones reciben duros reproches, pues ¡cuán lentos son para terminar con toda alianza y amistad con el mundo!

En seguida vemos a Abraham bajo otro aspecto. Todas sus esperanzas dependían de Isaac. Dar por perdido a Isaac no solo parecía un fracaso en el mundo, sino también en cuanto a Dios. Él habría podido decir: «Voy a perderlo todo, las promesas de Dios y la heredad en Mesopotamia». La fe no habría podido verse más apremiada. ¿Alguna vez han tenido temor de que fracase lo que le han confiado a Dios? ¿Se ha alejado él para no volver jamás? Pues bien, Abraham recobró a Isaac en figura, sellado como un nuevo testigo de la resurrección. ¿Alguna vez hemos perdido algo por confiar en Dios con los ojos cerrados? Si hubo alguien que confió en Dios ciegamente, ese fue Abraham.

Después de él nos encontramos con Isaac. Este mostró su fe bendiciendo a Esaú y a Jacob respecto de cosas por venir. Es la única y pequeña instancia de su vida que el Espíritu considera. Si investigamos su vida, en aquel momento hallaremos la obra eminente de la fe. Ese acto eclipsa todo lo demás a los ojos de Dios.

Jacob es más notable, así como Noé fue más notable que Enoc. Su vida estuvo llena de acontecimientos; pero lo único que se señala aquí es que

Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José.

“

Esto es exquisitamente bello. Nos muestra cuántas cosas sin valor puede haber en la vida cristiana. Yo no creo que la vida de Jacob nos presente a un siervo de Dios; ella es el cuadro de un santo que se extravió y dedicó toda su vida a volver. El acto de fe relatado acerca de él se sitúa al final de su vida, cuando “bendijo a cada uno de los hijos de José”. Entonces entró en contacto con las cosas invisibles, aquellas que se interpusieron al curso de la naturaleza. Su vida fue la de

un hombre que se restablecía. Y justo al final de ese largo camino de recuperación cumplió este hermoso servicio de fe hacia Dios, pese a las inclinaciones de su propio corazón y a las protestas de su hijo José.

Pero la vida de José es una vida hermosa, una vida de fe desde el principio. José fue un hombre santo a través de toda su marcha; sin embargo, justamente al final, hubo un magnífico resplandor de fe. Tenía su mano sobre los tesoros de Egipto y su pie sobre el trono de ese imperio; sin embargo, en medio de todo eso, habló de la partida de sus hermanos. Eso era ver las cosas invisibles, y es lo único que el Espíritu ha señalado como un acto de fe. ¿Por qué habló de esta manera? Es como si hubiese dicho a sus hermanos:

“ ¡Ah, no ando por vista! Sé lo que va a suceder, y les aseguro que saldrán de esta tierra. Cuando partan, llévenme con ustedes.

El curso general de su vida fue intachable; no obstante, en las palabras que pronuncia en el momento de su partida, hallamos la más excelente expresión de su fe. Es lo que ustedes y yo necesitamos ahora. ¿Precisamos ser justos solamente? Debemos serlo, pero ¿constituirá eso una vida de fe? Procuremos estar bajo el poder de las cosas que se esperan, de lo que no se ve, esperando el retorno del Señor. Y si no lo hacemos con energía, podemos ser intachables, pero no andamos en esa vida de fe por la cual “alcanzaron buen testimonio los antiguos”. De modo que hasta allí vemos la fe como un principio operante. No es la fe del pecador, la cual es una fe sin obras. Desde el momento en que la fe sin obras ha hecho de mí un santo, debo tomar posesión de la fe activa y vivir por el poder de ella.

Pero sigamos. No olvidemos que todo este capítulo 11 se vincula con el versículo 35 del capítulo 10, del cual es una ilustración. Cuanto más fuerte sea nuestra fe, más potente será también nuestra energía moral. Este capítulo nos muestra cómo el principio de la fe ganó la batalla. No lo leamos como si fuera para gloria de Noé, de Abraham, de Moisés y de otros: es para gloria de la fe tal como se desplegó en esos santos. ¡Qué cosa tan sencilla y bendita es el cristianismo! Me quedo admirado de él cuando veo cómo el diablo ha causado un doble daño al ponernos fuera del velo y dentro del campamento, y cómo la obra de Cristo ha provisto el doble remedio correspondiente. ¿Me regocijo pensando que he ganado a Dios, al perder al mundo? Eso es cristianismo.

“ Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque le vieron niño hermoso.

¿Qué significa esto? Significa que, cuando nació, en su semblante había una expresión que la fe leyó. “Hermoso” para Dios, tal es el sentido del original en Hechos 7:20 . Había cierta hermosura en él, que despertó la fe de Amram y Jocabed, y ellos obedecieron. También hubo hermosura en el rostro de Esteban, el mártir. ¿No debieron haberla obedecido sus asesinos? ¡Qué contraste moral con los padres de Moisés, quienes, bajo el dedo de Dios, discernieron Su propósito y escondieron al niño!

Moisés nos ofrece luego un bello cuadro del poder de la fe. Esta logró una triple victoria –tres espléndidas victorias–, las mismas victorias que se nos exhorta a lograr.

En primer lugar, su fe obtuvo la victoria sobre el mundo. Fue un niño desamparado, sacado del Nilo y adoptado por la hija de Faraón, lo cual le hizo pasar de una condición miserable a las magnificencias reales. ¿Qué hizo con ellas?

Rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón.

“

¿Qué victoria sobre el mundo! A nosotros nos agradan las cosas que nos confieren honor en este mundo. Moisés no las quiso. Estoy seguro de que todavía hoy la fe es llamada a luchar en el mismo campo de batalla y a obtener la misma victoria.

Luego vemos a Moisés obteniendo la victoria en medio de las pruebas de la vida. “Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey”. ¡Qué terrible es para la naturaleza la vida de fe! Ustedes han obtenido una victoria hoy, y mañana aún deben estar firmes. “Para que podáis resistir... y habiendo acabado todo, estar firmes” (Efesios 6:13). Después de que Moisés dio la espalda a los placeres de la vida, las dificultades y los sufrimientos se abatieron sobre él.

Luego, en una tercera etapa, Moisés responde a las demandas de Dios. Es sublime ver un alma envuelta por el poder de una fe como esta. “Por la fe celebró la pascua”. El ángel destructor pasaba por toda la tierra de Egipto, pero la sangre estaba en el dintel. Desde el principio mismo, la gracia proveyó al pecador una respuesta a las exigencias de Dios; el simple oficio de la fe es prevalecer de esta respuesta. Dios proveyó la sangre, y la fe echó mano de ella. Cristo es la provisión de Dios para el pecador, la gran ordenanza de Dios para la salvación, y la fe viaja con él desde la cruz hasta los dominios de la gloria.

“Por la fe pasaron el mar Rojo... Por la fe cayeron los muros de Jericó... Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes”. ¿Qué más diremos? Tal es la historia que anima toda la Escritura: la historia de la gracia y de la fe; la gracia de parte de Dios y la fe de nuestra parte. Nunca somos llamados a salir del campamento antes de estar dentro del velo.

Los primeros capítulos de esta epístola muestran al pecador su título para entrar y morar en la presencia de Dios. Y luego, saliendo de esta morada, se nos insta a decir al mundo que somos extranjeros en medio de él. Tal es la estructura de esta hermosa epístola. Ella nos señala nuestro derecho a estar en la presencia de Dios antes de hacernos oír el llamado que nos formula. Antes de que Abraham fuese llamado a salir de una tierra que le era desconocida, el “Dios de la gloria” se le apareció (Hechos 7:2). Dios nunca envió un hombre a la guerra abandonándolo a su propia suerte. Y tampoco nos enviaría a luchar con el mundo antes de que estuviéramos en paz con Dios mismo. Todo está a mi favor desde el momento en que me vuelvo hacia Dios. Dios me llama, y en él lo tengo todo. He venido “al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial”, etc. Este es el capítulo 12. Antes de que David fuese perseguido como una perdiz, tenía el aceite de la unción de Dios sobre él.

Debemos detenernos un poco en los dos últimos versículos. Son muy importantes, preciosos y fecundos. Estos hombres de antaño alcanzaron buen testimonio, pero no recibieron lo prometido. Esto me recuerda al profeta Malaquías: “Y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe” (cap. 3:16-17). Ellos todavía no han sido constituidos “su especial tesoro”, pero Dios ha consignado sus nombres en su libro y pronto los manifestará públicamente como sus tesoros. Lo mismo ocurre con estos antiguos. ¿Por qué no han obtenido todavía lo prometido? Porque nosotros debíamos entrar primero en los ricos ornatos de la actual dispensación, la del Evangelio, pues de lo contrario todo lo que ellos tenían en su pobre dispensación jamás les hubiera sido de provecho. La palabra “mejor” aparece constantemente en esta epístola. “Un mejor pacto”, “proveyendo Dios... cosa mejor para nosotros”, “la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”, etc. Y también se emplea constantemente el término “perfecto”, por cuanto ahora todo ha sido perfeccionado. Todo lo que contribuye al reposo de Dios ahora es perfecto, y Dios no espera ninguna otra satisfacción fuera de Cristo. Sus demandas han sido satisfechas, su gloria reivindicada, su carácter declarado, y todo eso en Cristo.

Ahora bien, ¿qué será esa “cosa mejor” del último versículo? Si no hubiéramos introducido a nuestro Cristo, por así decirlo, nada habría sido hecho. Cuando Dios introduce a Cristo en esta dispensación, todos los santos de antaño, que dependían de ella, pudieron ser perfeccionados. Dado que esta epístola, bajo uno de sus aspectos, se nos presenta como un tratado sobre la perfección, pasaremos a considerarlo brevemente. Así, en el capítulo 2 leemos que convenía a la gloria de Dios darnos un Salvador perfecto. No solo era una cuestión de mi necesidad, sino de lo que requería la gloria de Dios. “Convenía a aquel” –consultando Su propia gloria– dar al pecador un “autor” para comenzar la salvación, y un «capitán» para terminarla. La diferencia entre un autor y un capitán es precisamente la que existe entre Moisés y Josué. Moisés fue el autor de la salvación cuando sacó de Egipto al pueblo cautivo. Josué fue el capitán de la salvación cuando los condujo, a través del Jordán, a la tierra prometida. Cristo nos conduce tanto a través del mar Rojo como del Jordán, es Aquel que hizo la obra inicial de Moisés y la obra consumadora de Josué.

En el capítulo 5 leemos:

Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación.

“

No se trata de perfección moral –todos sabemos que Cristo fue moralmente inmaculado–, sino de perfección como el “autor de la salvación”. Nunca hubiese sido perfecto en este sentido si no hubiese ido hasta la muerte; pero, así como convenía a Dios darnos un Salvador perfecto, de igual manera convenía a Cristo hacerse a sí mismo un Salvador perfecto. Luego, en el capítulo 6 leemos: “Vamos adelante a la perfección”; es como si el apóstol dijera: «Aprendamos nuestra lección sobre este tema». Algunos interpretan esto como si debieran proseguir hasta no hallar más pecado en ellos. Aquí no se trata de eso. Es como si el apóstol dijese: «Les voy a leer un tratado sobre la perfección; vengan, pues, y aprendan esta lección conmigo».

Luego prosigue con el tema en el capítulo 7. En la ley no se puede hallar esta perfección: “Nada perfeccionó la ley”. Es preciso mirar a otro lado. Aquí la ley no se refiere a los diez mandamientos, sino a las ordenanzas levíticas. En medio de estos “pobres rudimentos” es necesario buscar la perfección en otra parte. En consecuencia, el capítulo 9 muestra que la perfección está en Cristo, y declara que, desde el momento en que la fe toca la sangre, la conciencia es purificada. El capítulo 10 dice que, desde el momento en que Cristo les toca, son perfeccionados para siempre. No se trata de impecabilidad moral en la carne; aquí no hay nada de eso.

Tan pronto como Cristo toca el apostolado, lo perfecciona. Apenas toca el sacerdocio, el altar y el trono, los perfecciona. Y si Cristo perfecciona estas cosas, también quiere perfeccionarnos a nosotros, pobres pecadores, en cuanto a nuestra conciencia. Esta epístola es, pues, considerada bajo este notable aspecto, un tratado sobre la perfección. Dios nos dio un Salvador perfecto; Cristo se hizo a sí mismo un Salvador perfecto. Vamos adelante a la perfección. Si la busco en la ley, estoy en un mundo de sombras. Cuando voy a Cristo, estoy en medio de la perfección, «ahí permanezco yo, pobre gusano», como dice un poeta (Gambold).

Estos santos no pudieron, pues, obtener la herencia antes de que nosotros entrásemos, cargados de todas las glorias de la presente dispensación. Pero ahora pueden participar de la herencia con nosotros, cuando llegue el momento. ¡Qué glorias brillan en esta epístola! ¡Qué glorias llenan los cielos, por cuanto Cristo está allí! ¡Qué glorias tienen que ver con nosotros, porque Cristo nos ha tocado! ¿No es una gloria tener la conciencia purificada, entrar con plena libertad al Lugar Santísimo, preguntarle a Satanás «quién es él para meter el dedo en el tesoro de Dios»? Nos arrastramos tímida y cautelosamente, cuando deberíamos penetrar en el seno de estas glorias para estímulo y consuelo de nuestros corazones.

Capítulo 12

Pasamos al capítulo 12. Ya hemos considerado la doctrina de la epístola. Ahora estamos en su parte práctica, sin que por ello la excelencia de la doctrina deje de brillar. Hemos contemplado los diversos caracteres con los cuales el Señor entró en el cielo; ahora, en el versículo 1, le vemos en el cielo bajo otro carácter. Es el poseedor de varias coronas. ¿No querrían poner sobre su cabeza una corona real y una corona sacerdotal? ¿Podría tener allí demasiadas coronas? ¡Qué cúmulo de glorias llenan la vista mientras contemplamos a Cristo en el cielo a la luz de esta magnífica epístola!

Ahora, entre otros caracteres, le vemos allí como Aquel que perfeccionó una vida de fe en la tierra:

El autor y consumidor de la fe.



El consejo de Dios se dedica a coronar a Jesús. Su delicia es coronarle. El Espíritu de Dios encuentra su delicia en mostrarle coronado. Y la fe se deleita en verle coronado. Dios, el Espíritu y la fe del creyente se reúnen en torno a él para coronarle o para deleitarse viéndole coronado.

Ahora le vemos reconocido en el cielo como Aquel que perfeccionó la vida de fe. Él la recorrió con toda perfección, desde el pesebre hasta la cruz, y ha sido aceptado así en lo más alto de los cielos. Naturalmente, tal vida solo podía ponerle en conflicto con el hombre. “Aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo”, declaración magnífica, llena del pensamiento de que estuvo “apartado de los pecadores”. No nos atreveríamos a aplicarnos este lenguaje a nosotros mismos. Es un estilo demasiado elevado para que convenga a otro que no sea el Hijo de Dios. ¿Se dijo algo parecido de Abraham o de Moisés? No; el Espíritu no habría hablado así de ninguno de ellos. De modo que, cuando ponen al Señor Jesús en medio de los sufrimientos de la vida, en compañía de los mártires, le ven, como en todas las otras cosas, teniendo la preeminencia.

¡Es tan natural para el Espíritu glorificar a Cristo! Si lo considera desde el punto de vista oficial, como en la primera parte de esta epístola, es fácil verlo con muchas coronas. Y si lo considera aquí, es fácil para el Espíritu poner sobre su cabeza esta corona de particular belleza: “Aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo”. Aunque fuésemos llevados a la hoguera, nuestro corazón nos condenaría si nos aplicaran tal descripción.

La cruz, en cierto sentido, fue un martirio. Jesús fue tanto un mártir en las manos del hombre, como una víctima en las manos de Dios. Aquí le vemos como mártir, y como tal estamos asociados con él. “Aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado”. No tenemos mayor enemigo contra el cual combatir que nuestro propio corazón. El pecado en los fariseos, en la multitud, en los principales sacerdotes llevó al Señor a la cruz. Pero él nunca tuvo en sí mismo ni una pizca de pecado contra el cual combatir. Lo que tuvo que combatir fue el pecado en los demás.

El apóstol prosigue y nos coloca, como quienes sufren bajo el castigo, en compañía del Padre. Aquí dejamos la compañía de Cristo, pues él nunca estuvo bajo el castigo del Padre. En el momento en que estoy bajo el azote y la disciplina del Padre, dejo la compañía de Cristo. Estoy íntimamente en su compañía cuando camino en la senda del martirio. No doy un solo paso con Cristo cuando estoy bajo el castigo del Padre.

Así, a partir del versículo 5, estamos en compañía de nuestro Padre celestial. ¡Oh, estas pinceladas sagradas, divinas, que saben cuándo introducir a Cristo y cuándo hacerle desaparecer, cómo y bajo qué forma de excelencia revelarlo y cómo ocultarlo a nuestros ojos! ¡Hay una gloria, una plenitud en la manera misma en que el Espíritu Santo lleva a cabo su cometido! En el curso de su vida en la tierra, Cristo sufrió la contradicción de los pecadores contra sí mismo. En cambio nosotros la atravesamos combatiendo contra el pecado, por lo que tenemos que vérnoslas con la corrección del Padre; para nosotros, todo esto desemboca en una bendita participación de su santidad; pero Cristo no está allí con nosotros. Aun cuando reuniesen el ingenio de todas las inteligencias de la tierra, ¿podría darles estos toques divinos que relucen en el Libro de Dios?

En el versículo 12 somos exhortados a levantar nuestras manos caídas. Aunque estén bajo el azote, no hay una sola razón para que nuestras manos estén caídas o nuestras rodillas paralizadas. El Espíritu nos ha mostrado en compañía de quién estamos: primero en compañía de Cristo, y luego en la de nuestro Padre, quien nos ama. ¿Hay alguna razón para que andemos como si no conociésemos el camino? Esta es una hermosa conclusión. Todos sabemos la fuerte tendencia que tenemos a dejar caer nuestras manos, pero yo pongo mi sello a cada una de estas palabras y digo: «Es la verdad, Señor». No hay razón para estar pusilánimes. Tras llegar allí, el apóstol mira alrededor de sí. No dejen caer sus manos, y, con respecto a los demás, sigan la paz; con respecto a Dios, sigan la santidad.

“ ¿Qué comunión (tiene) la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial?. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe.

En Deuteronomio 29:18 se menciona una raíz de amargura, pero diferente de la que se habla aquí. Allí brota de alguien que sirve a falsos dioses; aquí proviene de dejar de alcanzar la gracia de Dios. Toda la epístola tiene como blanco «clavar vuestro oído» (por utilizar el lenguaje de la Escritura) a la puerta de Aquel que habla de la gracia. No se escucha a un legislador, sino a Uno que publica la salvación desde lo más alto de los cielos. Ángeles, principados y potestades, todos están sujetos a Aquel que efectuó la purificación de nuestros pecados, el cual tomó consigo, en lo más alto de los cielos, nuestra conciencia purificada; toda lengua que intentara acusarnos es silenciada de inmediato, como lo leemos en Romanos 8 (ver también 1 Pedro 3:21-22).

Tengamos cuidado, no sea que dejemos de alcanzar la gracia así publicada. Ella puede desembocar en el carácter profano de Esaú. Alguien dijo que esta referencia a Esaú debe haber sido muy impactante para la mente de un judío. «Si dejan de alcanzar la gracia de Dios, serán dejados en la posición de uno a quien su nación repudia». Poco importa lo que pongan en el lugar de Cristo; si se apartan de él, mañana pueden estar en la posición del Esaú reprobado. ¿Cómo se presenta Esaú a ustedes? Como el tipo de la generación que pronto dirá:

Señor, Señor, ábrenos.

“

Pero sus lágrimas serán tan inútiles como las que Esaú derramó junto al lecho de su moribundo padre. Llegó demasiado tarde. De igual manera, cuando Dios se haya levantado y cerrado la puerta, el arrepentimiento de ellos no hallará eco. Este versículo 17 es muy solemne. Nos dice que esa acción de Esaú nos presenta lo que está por realizarse en una generación animada por el espíritu de Esaú, y solamente en tal generación: “Mirad, oh menospreciadores, y asombraos, y desapareced” (Hechos 13:41). Esaú menospreció su primogenitura, y esta generación rehusó la gracia de Dios y menospreció al Cristo que pasó por este mundo y murió por los pecadores.

Después de esto, en el versículo 18 hallamos un magnífico cuadro de las dos dispensaciones. Es como si el apóstol hubiera dicho: «Les he mostrado un camino de martirio, pero ahora les digo que desde el momento en que miran a Dios, todo está a su favor». La senda de martirio y la disciplina del Padre no son más que adicionales pruebas de amor.

Ahora, dejando a Cristo y al Padre, venimos a Dios; vemos que todos los consejos eternos de Dios se reunieron para hacer de nosotros unos bienaventurados, como se reunieron para hacer de Cristo un glorificado. No tengamos temor. No nos hemos acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego. Volvamos las espaldas a este. Cuanto más resueltamente le hayamos vuelto la espalda, tanto más resueltamente habremos satisfecho y respondido a la gracia y la sabiduría de Dios y prestado la obediencia de la fe. ¿Debo volver mi cabeza hacia el monte, mirar por encima de mi hombro, echarle alguna ojeada? ¿Es esa la obediencia de la fe? Entonces, ¿hacia dónde está vuelto mi rostro? Hacia un cúmulo de bendiciones. Yo había sido conducido a la ley por mi propia confianza en mí mismo, y no hallé nada para mí. Ahora he vuelto mi rostro ciento ochenta grados y veo todo para mí. “Os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos”. El Señor, aun en juicio, es por nosotros. La función de un juez es reivindicar los derechos de los oprimidos. Luego vemos

“ A los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada.

Todo es para nosotros. Esa es la dirección de la cual no debemos quitar la mirada. Si nuestros rostros están vueltos hacia uno de estos dos montes, darán la espalda completamente al otro.

Pero este pasaje del capítulo 12 nos remonta hasta el principio mismo de la epístola. En el capítulo 2 leemos: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor...”. Ahora leemos:

Mirad que no desechéis al que habla.

“

Desde el principio hasta el fin el Espíritu clava nuestro oído a la puerta de la casa del Señor de gracia.

Luego este capítulo culmina de una manera muy solemne: “Nuestro Dios es fuego consumidor”, esto es, el Dios de esta dispensación. ¡Qué alivio escapar del fuego del Sinaí y hallar un refugio en Cristo! Pero no hay socorro alguno si la liberación de Dios es menospreciada. Si volvemos la espalda al refugio que proporciona esta dispensación, no hay más refugio. “Nuestro Dios es fuego consumidor”.

Ahora pregunto: ¿Qué nos pone en compañía de Dios como la simplicidad de la fe? Como ya lo hemos dicho, el propósito de los consejos eternos de Dios y el gozo del Espíritu es poner coronas sobre la cabeza de Cristo. Si soy simple en la fe, hallo mis delicias al colmar mi campo visual de esas glorias. Así me hallo situado en la compañía más excelente: Dios y el Espíritu Santo. ¡Quiera el Señor que ustedes y yo permanezcamos allí! Si sabemos estas cosas, felices, tres veces felices somos si permanecemos en ellas.

Capítulo 13

Estamos llegando al final de la epístola y aquí encontramos, como en otras, cierto número de detalles. La estructura de todas las epístolas de Pablo suele comenzar por la doctrina y terminar con exhortaciones. Lo mismo ocurre aquí. “Permanezca el amor fraternal”. Y luego (como un hermano puede ser forastero) dice: “No os olvidéis de la hospitalidad”. Para estimularnos a cumplir ese deber, el apóstol nos recuerda que algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles. También exhorta: “Acordaos de los presos”, y el estímulo sigue: “Como si estuvierais presos juntamente con ellos”, es decir, tomen su lugar en el Cuerpo de Cristo como prisioneros Suyos, no prisioneros en cuanto al cuerpo, sino en sentido figurado. Cuando el apóstol habla de sufrimientos soportados por causa de Cristo, apela a nosotros como miembros de su Cuerpo; pero cuando se trata de sufrir la adversidad, de ser maltratados (v. 3), apela a la vida natural: “como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo”.

Seguidamente aparecen los deberes divinos de pureza (v. 4) y de diferenciación con el mundo (v. 5). El carácter no mundano está expresado en las palabras: “Contentos con lo que tenéis ahora”, no procurando ser más ricos mañana que hoy. Luego el Señor nos habla en el versículo 5, y nosotros le respondemos en el versículo 6. Esta es la respuesta de la fe a la gracia, la respuesta del corazón del creyente al corazón de Dios el Señor. Después exhorta sobre la sujeción:

Acordaos de vuestros pastores , que os hablaron la palabra de Dios.

“

No se trata de seguirlos ciegamente, como ocurría con los paganos, arrastrados tras los ídolos mudos (1 Corintios 12:2). ¿Debemos ser conducidos con los ojos vendados? No, debemos serlo con inteligencia: “Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo”. Somos el pueblo vivo de un templo vivo. De modo que “considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe”, la fe que predicaron y en la cual murieron .

A continuación el apóstol cambia de tema y toca otro punto en el versículo 8. Este versículo:

Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos,

“

puede llamarse el emblema de la epístola, bajo un aspecto. Lo que quiero decir es que, como lo vimos antes, en esta epístola el Espíritu de Dios considera una cosa tras otra —echando un vistazo a los ángeles, a Moisés, a Josué, a Aarón, al antiguo pacto, a los altares con sus ofrendas—

y sucesivamente las pone a un lado para dar lugar a Cristo. Y no quisiéramos que fuese de otra forma. Ponemos nuestro sello a ese proceder con todo el corazón, con toda el alma. Que todo se desplace y dé lugar a Cristo, y cuando Cristo es introducido, no lo abandonemos por nada del mundo. Esto es lo que tenemos en el versículo 8. Por un instante el apóstol considera el objeto de la epístola:

“ He desplazado todo para introducir a Cristo; ahora consérvenlo delante de ustedes.

Esta es la conclusión más preciosa de toda la enseñanza de la epístola.

Pero viene una consecuencia: “No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas”, doctrinas ajenas a Cristo. Hemos obtenido todo en Cristo; tengamos cuidado y aferrémonos a él. Si me he apropiado de Cristo como mi religión, me he apropiado de la gracia. “Buena cosa es afirmar el corazón con la gracia”. El Señor está puesto delante de nosotros como la suma de nuestra religión, una religión que exhala gracia para el pecador arrepentido. Sobre todo, no leamos el versículo 9 como si en alguna medida pudiéramos afirmar nuestros corazones con “viandas”. Observemos la puntuación: una coma separa la palabra “gracia” del final del versículo. Aquí la “gracia” está en oposición a esas viandas, que son los preceptos religiosos mencionados en otro pasaje: “No manejes, ni gustes, ni aun toques”. Estos no nos proporcionan nada, ni provecho ni honra. ¿Acumularíamos preceptos religiosos carnales? El capítulo 2 de la epístola a los Colosenses declara que en ellos no hay valor alguno, y el versículo 9 de nuestro capítulo nos dice que esas viandas “nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas”. Cuando se las prueba y escudriña cuidadosamente, el resultado es que todas son para satisfacción de la carne. Desde el momento en que hallé al Señor, mi corazón se afirmó con la gracia. Se ha dicho que de todas las religiones profesadas en la tierra, la única que tiene por secreto la gracia es la religión de Dios. ¡Todas buscan apaciguar a Dios, como si ello fuese posible! La religión de Dios es la única fundada sobre la gracia. Esto es exactamente lo que nos es presentado aquí. No nos dejemos llevar por doctrinas extrañas a Cristo.

“Tenemos un altar”. ¿Cuál es el altar de esta dispensación? Es un altar exclusivamente consagrado a holocaustos, a servicios de acción de gracias. Los judíos tenían un altar para el sacrificio expiatorio, pero nosotros no tenemos altar semejante. Cristo estuvo en el altar de la expiación, y ahora nosotros ministramos como sacerdotes en un altar de servicios de acción de gracias. Recordamos que la sangre del Hijo de Dios ha sido derramada y que servimos en un altar

en el que sabemos que el pecado ha sido quitado, borrado y echado tras las espaldas. Y allí, en su altar, ofrecemos un constante servicio de alabanzas. Mas aquellos que vuelven a los servicios del tabernáculo no tienen derecho, no les compete estar como sacerdotes en el altar de la presente dispensación. Muchas almas amadas por el Señor –y que le aman– luchan contra una mente legalista, pero eso es muy diferente a remplazar a Cristo por cualquier cosa, como lo hacían los gálatas, poniendo una muleta debajo de él. En esta epístola el Espíritu no disputa con las pobres almas que luchan; pero procurar la ofrenda de sacrificios expiatorios y no mantener celosamente nuestro altar para los servicios de alabanzas es blasfemar el sacrificio del Hijo de Dios.

Ahora, tras ubicarnos ante su altar, así como dentro del Lugar Santísimo, la epístola nos muestra nuestro lugar fuera del campamento. Jesús fue aceptado en el Lugar Santísimo por Dios, y fue puesto fuera del campamento por los hombres. Esas son precisamente las dos posiciones que debemos compartir con Cristo. Allí nos coloca la actual dispensación. ¿Han visto alguna vez tal gloria moral, vinculada con una criatura de Dios? ¿Llamados a salir del campamento con Cristo para llevar su vituperio! ¿Están los ángeles en una situación semejante? ¿Acaso él les dijo alguna vez: «Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis tentaciones»? Los ángeles jamás son invitados a compartir Sus dolores. Él nunca confirió a los ángeles un honor semejante. Por lo tanto, pronto la Iglesia estará más cerca del trono que los ángeles.

No tenemos aquí ciudad permanente,

“

pues Cristo no la tuvo.

En el versículo 16 vemos más cosas hermosas: hay otro carácter de servicio para nuestro altar, al cual somos llamados:

Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis.

“

En varios pasajes de la Escritura hallamos que, cuanto mayor es el gozo que tenemos en Dios, más generosos seremos los unos con los otros. Es el carácter mismo del gozo ensanchar el corazón. En Nehemías 8 vemos al profeta diciendo al pueblo: “Id, comed grosuras, y bebed vino dulce, y envidad porciones a los que no tienen nada preparado; porque día santo es a nuestro Señor;

no os entristezcáis, porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza... Y todo el pueblo se fue a comer y a beber, y a obsequiar porciones, y a gozar de grande alegría”. Un hombre feliz no puede menos que mirar a su alrededor y hacer felices a otros con él.

Después de esto el apóstol se refiere a los que actualmente tienen el gobierno (v. 17), mientras en el versículo 7 se refería a los que habían muerto. De nuevo pregunto: ¿Se trata de una sujeción ciega? No, debemos reconocerlos, pues ellos velan por nuestras almas. Un ministerio oficial sin el poder, sin la unción del Espíritu Santo, es algo que la dispensación actual desconoce; reconocer tal ministerio es entrar en un elemento corrupto y salir del elemento de Dios. Debemos mantener pura la dispensación con fidelidad a Dios. Una mera autoridad oficial solo es un ídolo.

El apóstol, este vaso del Espíritu Santo, el más poderoso que jamás haya servido en el nombre de Dios, desciende al nivel del redimido más débil: “Orad por nosotros”, y lo pido con base en la autoridad de una buena conciencia. ¿Podrían pedirle a otro que orara por ustedes si se propusieran errar? ¡Imposible! Aquí el apóstol pide que oren por él porque sabe que tiene una buena conciencia. Luego presenta un tema de oración. ¡Oh, qué familiaridad hay en la Escritura! Ella no nos saca de nuestro propio mundo de afectos y simpatías. Después el apóstol prorrumpe en su doxología.

Ahora, si recordamos lo que hemos dicho, hallaremos aquí una cosa nueva y extraña. El versículo 20 nos presenta al Señor en su resurrección, no en su ascensión. El gran tema de esta epístola, como lo hemos visto desde el principio, es Cristo visto en el cielo. Pero aquí el apóstol no va más allá de la resurrección. ¿Por qué, al terminar, hace descender a Cristo del cielo? Ha mantenido nuestra vista fija en Cristo en el cielo, y justo al concluir lo hace descender a la tierra. Sí, pues es muy grato saber que no necesitamos pasar por la muerte y la resurrección para entrar en contacto con el Dios de paz. Hemos llegado al Dios de paz cuando llegamos al Dios de resurrección. La resurrección prueba que la muerte está abolida. La muerte es la paga del pecado, y, si la muerte está abolida, el pecado está abolido, por cuanto la muerte depende del pecado, así como la sombra depende de la materia.

El pacto es llamado “eterno” porque nunca será desplazado. El antiguo pacto lo fue definitivamente; el nuevo siempre es nuevo y nunca será abrogado. La sangre es tan fresca hoy para hablar de paz a la conciencia como cuando rasgó el velo. Así, cuando venimos a la vida cotidiana, somos traídos aquí abajo para estar con toda simplicidad en compañía del

“ Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre

que selló para siempre la remisión de nuestros pecados. Podemos, pues, olvidarnos del pecado. En un sentido elevado, nos acordaremos siempre de él; pero en lo que respecta a nuestra condición delante de Dios, podemos olvidarnos de él para siempre.

Después el apóstol ruega para que Dios nos forme y amolde para hacer Su voluntad. El versículo 21 nos hace experimentar efectivamente cuán lejos estamos de ser “aptos en toda obra buena”, como si no nos sintiéramos en nuestro elemento cuando Dios obra para moldearnos así. Por último, concluye con unas pocas palabras, como acostumbra hacerlo al final de sus epístolas, dirigidas a los hermanos: “La gracia sea con todos vosotros. Amén”.

Conclusión

Recordemos las diversas líneas de pensamiento que corren a través de toda esta epístola y que hemos ido señalando. Al despedirnos de ella podemos repasarla y ver de qué manera estas líneas de pensamiento armonizan entre sí para darnos una conclusión infinitamente divina.

1. El Espíritu hace a un lado una cosa tras otra para dar lugar a Cristo.
2. Tras haber introducido a Cristo, el Espíritu lo presenta en las múltiples glorias con las cuales llena actualmente los cielos.
3. El Espíritu muestra cómo Cristo, una vez introducido, actúa sobre todas las cosas para perfeccionarlas. Nos muestra que todo lo que el Cristo glorificado toca es hecho perfecto; y, entre otras cosas, él perfecciona nuestras conciencias.
4. Gracias a ello soy introducido en un templo de alabanza sobre el principio de mi reconciliación como pecador.

Estos cuatro puntos pueden ser considerados independientemente; no obstante, es muy grato ver que estos pensamientos, al ser considerados en conexión unos con otros, adquieren una nueva gloria. En tal Escritura divina hay una magnificencia que se basta a sí misma para expresar su gloria. Me hallo en contacto con lo infinito de la mente de Dios, con algunas de las más maravillosas revelaciones que Dios me pueda hacer de Sí mismo.

Pero antes de concluir nuestra grata y feliz tarea, examinemos un poco estas cuatro cosas en particular.

1. En los capítulos 1 y 2, el Espíritu desplaza a los ángeles para introducir a Cristo. En los capítulos 3 y 4 desaloja a Moisés y a Josué. En los capítulos 5 a 7 hace a un lado a Aarón. En el capítulo 8 remueve el antiguo pacto con el cual Cristo no tiene nada que ver. En el capítulo 9 pone a un lado las ordenanzas del antiguo santuario con sus altares y servicios, para introducir el altar sobre el cual Jesús reposa como el Cordero de Dios. Él toma y hace a un lado una cosa tras otra para dar lugar a Jesús. Esta es una tarea deliciosa para el Espíritu. Dios conoce las propias delicias que tiene en Jesús. Si el Espíritu puede ser contristado, también puede deleitarse.

Luego, tras haber introducido a Cristo, ¿qué hace con él? Lo mantiene allí para siempre. Cristo no tiene sucesor. Cuando el Espíritu ha hecho entrar a Cristo, lo contempla. Y, ¿qué es ser espiritual, si no tener la mente del Espíritu Santo? ¿Se han deleitado alguna vez en salir de la casa para dar lugar a Jesús? El Espíritu habla con indignación de las cosas que otrora contemplábamos y las trata de “pobres rudimentos”. ¿Alguna vez las hemos tratado como tales? El Espíritu no ve sucesor para Cristo. En los consejos de Dios no hay nadie después de Cristo. ¿Es así en los consejos y pensamientos de nuestras almas?

2. Así, tras haber introducido a Cristo y conservándole allí, él lo contempla. Y ¿qué ve en él? Gloria sobre gloria. En el capítulo 1 lo ve sentado a la diestra de la Majestad en las alturas, como Aquel que hizo la purificación de nuestros pecados, y oye una voz diciendo:

Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo.

“

En el capítulo 2 el Espíritu lo considera y lo ve como nuestro Apóstol, quien nos habla de salvación. Luego lo presenta como el Señor de una casa permanente, como el dador del reposo eterno, y le ve en el santuario celestial, sentado allí con juramento, y oye a Dios proferir salutación: “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”. El Espíritu se deleita en Cristo de diferentes maneras. Después, en el capítulo 9, le vemos contemplado en los cielos como el dispensador de la herencia eterna, habiendo obtenido primero eterna redención.

En el capítulo 10 le vemos allí sentado con otro carácter, recibido con este saludo:

Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

“

¿Alguna vez hemos seguido a Cristo en espíritu hasta el cielo, y oído estas voces dirigiéndose a él? Necesitamos considerar la verdad como una Persona. Somos terriblemente propensos a tratar con ella como un mero dogma. Temo tenerla delante de mí como una cosa que pudiera aprender intelectualmente. En esta epístola la Persona se presenta delante de nosotros. Es con un viviente con quien tenemos que ver. Estas son realidades celestiales. Moisés levantó un templo en el desierto; Salomón levantó un templo en la tierra prometida; Dios levantó un templo en el cielo. Esto muestra el profundo interés que Dios tiene en el pecador, puesto que Él ha edifica-

do un santuario para nuestro Sacerdote, pues él es nuestro Sacerdote y se preocupa por nuestros intereses. Luego, en el capítulo 12, una vez que hubo ascendido, fue recibido y sentado en el cielo como autor y consumidor de la fe.

Esa es la segunda línea de pensamiento, y vemos cómo depende de la primera. Después de haber introducido a Cristo ante nosotros, el Espíritu despliega sus glorias ante nuestros ojos.

3. La tercera cosa que encontramos en esta epístola es la perfección. Si veo a Cristo perfecto como Salvador, me veo a mí mismo perfecto como salvado. Si no soy salvado, Cristo no es el Salvador. Ahora no estoy hablando de una mente débil en conflicto con el legalismo, sino de mi título. Y tengo tanto derecho a considerarme un pecador salvado, como Cristo tiene derecho a considerarse el Salvador perfecto. La salvación es una cosa relativa. Acudir a Cristo como pecador, y dudar de que soy salvo, es cuestionar la perfección de su obra. Pero ya hemos considerado la epístola como un tratado sobre la perfección. Convenía a Dios darnos nada menos que un Salvador perfecto. ¡Qué maravilla! Él ha unido su gloria con la perfección de mi conciencia delante de él. Le ha complacido mostrarme que eso le convenía. Usted podría servirme en alguna manera por bondad, pero yo no me atrevería a pensar que esto sea lo conveniente para usted. No obstante, ese es el lenguaje que Dios emplea.

Cuando decimos que esta epístola es un tratado sobre la perfección, entendemos que no se trata de la perfección de los días milenarios. Cristo será el reparador de todas las brechas. Pero la más grande de todas las brechas estaba en la conciencia del pecador. El mal y la confusión todavía reinan en la creación. El mal reina en la casa de Israel. Cristo todavía no ha puesto su mano para reparar eso. Hay una brecha en el trono de David, y Cristo todavía no se ha encargado de componerla. Pero la brecha más terrible se hallaba entre nosotros y Dios. Pronto cambiará los gemidos de la creación en alabanzas. Él comenzó su obra de restaurador dedicándose a reparar la brecha que nos separaba de Dios. Ahora tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo.

4. En cuarto lugar hallamos al Espíritu que ahora no hace nada menos que edificar un templo para la alabanza. ¿Está por unir nuevamente el velo que la sangre del Cordero rasgó en dos? ¿Revivirá las cosas de las que habló con indignación como de “pobres rudimentos”? Manifiestamente gloriosa es esta cuarta y última línea de pensamiento. El Espíritu de Dios ha edificado un templo para que nosotros alabemos a Dios, para que le ofrezcamos “fruto de labios que confiesan su nombre”.

¡Qué no tenemos en esta epístola! Aunque pudiéramos considerar cada línea de pensamiento por separado, no obstante, cada una presta a la otra un exquisito incremento de gloria. El Espíritu está haciendo, si puedo decirlo así, un látigo de varias cuerdas y ordena a todos que se marchen para dar lugar a Cristo. Naturalmente, yo sé que todos lo hicieron gustosamente. Juan el Bautista expresó los sentimientos de todos ellos cuando dijo: “El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido” (Juan 3:29). Moisés, Aarón, los ángeles, todos se complacieron en ser puestos fuera de la casa para dar lugar a Cristo.

Estas cosas juntas sirven a nuestra alma al introducirnos en una inteligencia más profunda del Cristo de Dios. ¡Qué «siervo» es el Espíritu Santo para nuestras almas en la dispensación actual, así como el Señor Jesús fue Siervo desde el pesebre hasta el Calvario!

Creo que cada uno de nosotros necesita ser fortalecido con la verdad. No sabemos hasta dónde pueden llegar los infieles errores de Roma. Si no tenemos la verdad, mañana podemos ser el juguete de Satanás. Les daré un ejemplo de esto. Los gálatas eran gentes fervorosas, prontas a apasionarse (no tengo nada contra un fervor de avivamiento); ellos se habrían arrancado los ojos por el apóstol; pero llegó el día en que Pablo tuvo que comenzar a enseñarles nuevamente desde el principio. “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4:19). Hubo emoción sin el fundamento sólido de la verdad. Y cuando el mal sobrevino, los gálatas estuvieron en peligro de naufragar. Nuestra epístola certifica el mismo peligro. Los creyentes hebreos eran inexpertos en la Palabra. Pero nosotros debemos ser fortalecidos por la verdad. Un estado de avivamiento necesita el fortalecimiento de la verdad de Dios.

Y ahora, ¿qué diremos? ¡Oh profundidad de las riquezas!

“ ¡Oh altura de la gloria! ¡Profundidad de la gracia, maravilla de maravillas!

¡Dios revelándose de tal manera que bien podemos cubrir nuestros rostros confiando en él en el silencio y amándole con la emoción más profunda de nuestras almas! Pero algunos de nosotros seguramente podemos decir: «¡Qué flaqueza la mía! ¡Qué flaqueza!».